

SERVICIO SECRETO

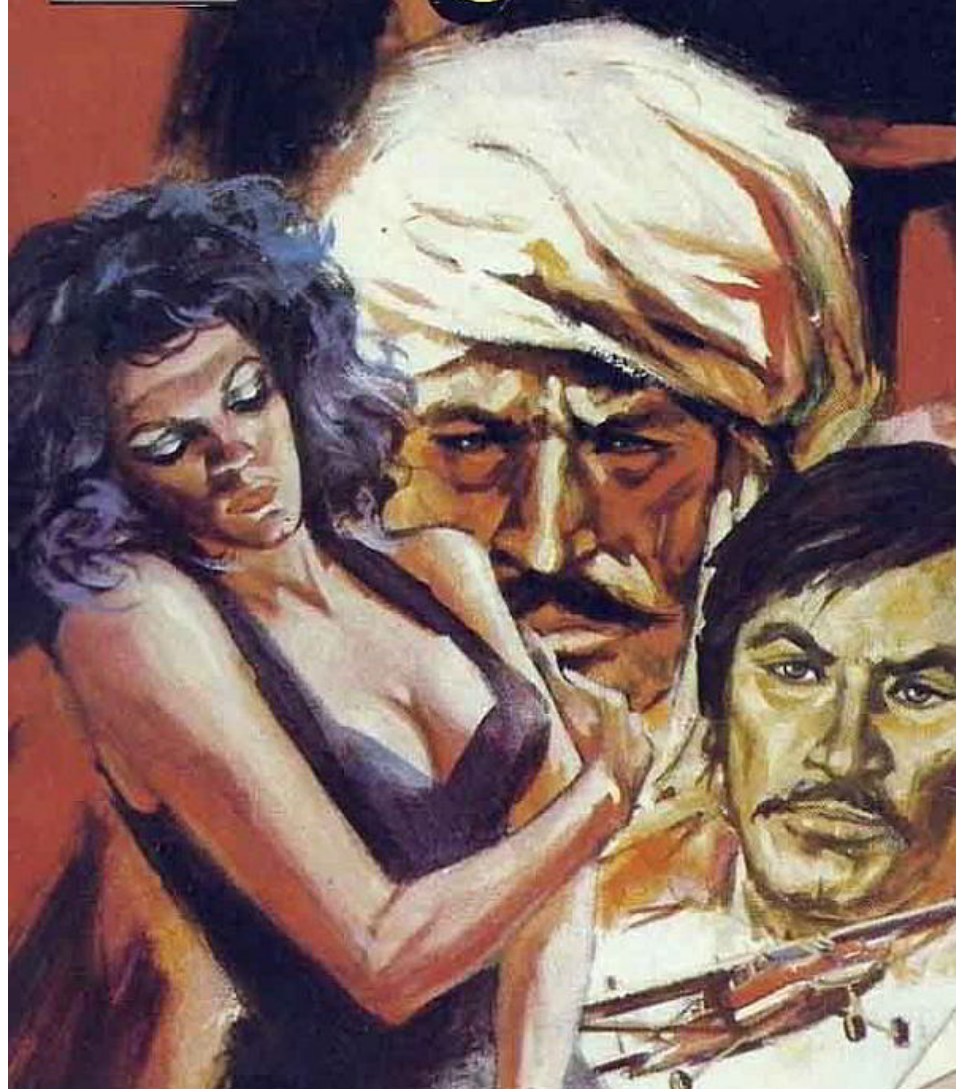
**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIACO

**UNA LADRONA
CON CLASE**

***Clark
Carrados***



El autobús iba lleno, por lo que algunos pasajeros tenían que viajar de pie, agarrándose a las correas que pendían de las barras suspendidas del techo. Sandy Thomas Aubrick era uno de ellos. Tenía coche, pero lo había llevado a reparar la víspera y ahora se dirigía a recogerlo, utilizando un medio público de transporte.

Aubrick viajaba en pie junto a una monja, sentada a su lado, quien rezaba pasando las cuentas de su rosario. Era joven y de rostro agradable, pero Aubrick no había querido parecer demasiado curioso mirándola mucho rato. Ella ocupaba su asiento, que Aubrick le había cedido galantemente cuando subió al autobús.



Clark Carrados

Una ladrona con clase

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1735

ePub r1.1

Lds 08.03.19

Título original: *Una ladrona con clase*

Clark Carrados, 1983

Cubierta: García

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

El autobús iba lleno, por lo que algunos pasajeros tenían que viajar de pie, agarrándose a las correas que pendían de las barras suspendidas del techo. Sandy Thomas Aubrick era uno de ellos. Tenía coche, pero lo había llevado a reparar la víspera y ahora se dirigía a recogerlo, utilizando un medio público de transporte.

Aubrick viajaba en pie junto a una monja, sentada a su lado, quien rezaba pasando las cuentas de su rosario. Era joven y de rostro agradable, pero Aubrick no había querido parecer demasiado curioso mirándola mucho rato. Ella ocupaba su asiento, que Aubrick le había cedido galantemente cuando subió al autobús.

Un poco más adelante, viajaba también un tipo elegantemente vestido, cuya presencia en el vehículo parecía un tanto fuera de lugar. Era un sujeto de buena estatura, no tan alto como Aubrick, fornido, de cara granujienta y ojos recelosos. Como todos los pasajeros de pie, se agarraba a las correas para no perder el equilibrio con los movimientos del autobús.

La monja se levantó inopinadamente. Iba a apearse en la próxima parada, pensó Aubrick.

Ella tenía los ojos bajos y no miró a Aubrick. La monja se situó entre éste y el pasajero de la cara llena de granos, que parecían haberse petrificado en su piel desde muchísimos años antes.

Entonces ocurrió algo que dejó a Aubrick sin respiración. El espacio entre los tres pasajeros —el de la cara granujienta, la monja y Aubrick— era muy pequeño y los tres cuerpos se tocaban constantemente. Entonces, la monja, con rapidez insospechada y aprovechando un brusco movimiento del autobús, se apoderó de la billetera del hombre de la cara de granos, situada en el interior de su chaqueta.

Fue un movimiento velocísimo, casi imposible de seguir con la vista, y el dueño de la billetera no se dio cuenta del despojo de que había sido objeto. Nadie en el autobús, por otra parte, parecía haber advertido la maniobra, salvo Aubrick, a quien la sorpresa había dejado estupefacto momentáneamente.

La billetera desapareció en el interior de la amplia manga del hábito de la monja. En un segundo, Aubrick decidió que el hábito no era sino un disfraz adoptado por una hábil ladrona, a fin de conseguir mejor sus nada honestos objetivos.

Aubrick decidió actuar. El autobús ya se acercaba a la próxima parada y reducía la marcha. El hombre de la cara llena de granos hacía esfuerzos por alcanzar la puerta de salida.

La monja buscó también aquella puerta. Aubrick la siguió. Quizá se equivocaba, pero, en todo caso, no quería provocar un escándalo en el interior de un autobús atestado de gente.

El robado puso su pie en el suelo. Una mujer bajó a continuación y después lo hicieron la monja y el testigo. Aubrick, entonces, alargó su mano derecha y asió el brazo izquierdo de la monja.

—Hermana...

Ella, sorprendida, se volvió.

—Caballero, por favor —protestó a media voz.

—Estoy tocando la billetera que acaba de robar a ese hombre que camina a lo largo de la acera —dijo Aubrick—. ¿Es una nueva manera de recaudar fondos para las necesidades de su convento, hermana?

—Si no me suelta, llamaré a un policía...

—Yo estoy viendo uno, hermana. ¿Quiere que lo llame?

Era una mujer muy joven, no más de veinticinco años, y Aubrick apreció un destello de furia en sus hermosas pupilas azules, muy poco acorde con el hábito que vestía. Una mujer pasó de pronto junto a los dos y les miró con sorpresa.

Aubrick sonrió.

—No se sorprenda, señora. La hermana... es mi hermana.

—Ah —dijo la mujer. Y se alejó.

La monja intentó soltarse, pero la mano de Aubrick ejercía una firme presión sobre su antebrazo y no lo consiguió.

—Hermana, no demos un escándalo —dijo Aubrick en voz baja—. Vamos a ver si alcanzamos a ese hombre y le diremos que se le

había caído la billetera y que usted la recogió. Luego, hablaremos los dos...

Aubrick se interrumpió de repente. El robado, que se había alejado ya medio centenar de metros, volvía sobre sus pasos, con la preocupación pintada en el rostro.

—Ya se ha dado cuenta de que le falta la billetera —dijo Aubrick—. Cree que la ha perdido y viene buscándola. ¿Iniciamos las operaciones de devolución, hermana?

Ella suspiró.

—Me ha pillado usted, maldita sea —dijo entre dientes.

—Un lenguaje muy poco apropiado para la que se supone es la esposa del Señor —comentó él irónicamente.

El hombre de la cara con granos estaba ya a quince pasos de distancia. En aquel momento, un coche, largo y negro, se acercó a la acera.

Aubrick vio el coche y apreció que tenía la ventanilla posterior bajada. El rostro de un hombre joven, de cabellos pálidos y piel incolora, se veía a través del hueco.

Una pistola asomó por la ventanilla. El hombre de la cara llena de granos la vio, pero reaccionó tardíamente.

El arma escupió varios disparos, muy rápidos. El sujeto gritó, se tambaleó, agitó los brazos con grandes aspavientos y, al fin, se desplomó sobre la acera, mientras el coche negro huía a toda velocidad, en medio del espanto y el terror de los viandantes que circulaban por el lugar en aquellos momentos.

Aubrick se había quedado helado, lo mismo que la monja. Al cabo de unos segundos, Aubrick empezó a dar señales de vida.

—Hermana, lo mejor será que me entregue la billetera —dijo en voz baja, pero de tonos enérgicos—. Y luego, si quiere, iremos a mi apartamento y hablaremos de sus problemas personales que, imagino, tienen muy poco que ver con los de una monja auténtica. ¿Me equivoco?

—¿Me entregará después a la policía?

—Si no lo he hecho antes, ¿cómo podría hacerlo más tarde? El taller donde tienen mi coche arreglado está a doscientos pasos de distancia. ¿Vamos, hermana?

Ella asintió.

—Me llamo Nell Norden —dijo simplemente.

Nell se quitó las tocas del hábito y se soltó el pelo. Una masa de cabellos dorados quedó suelta sobre sus hombros. Desenvueltamente, cruzó las piernas y esperó a que Aubrick le ofreciera una copa y un cigarrillo.

—Vives muy bien —dijo ella, al cabo de unos momentos.

—No puedo quejarme —sonrió Aubrick.

—Eres joven.

—Treinta y uno.

—Una bonita edad. ¿Trabajas?

—El dinero no me llega de los bolsillos ajenos, precisamente.

—Tú no conoces mi historia; de lo contrario, pensarías de otro modo.

Aubrick se arrellanó en un cómodo butacón.

—¿Por qué no me la cuentas, Nell?

—Puedo hacerlo en cuatro fases —dijo Nell—. Mi padre murió alcohólico, en un penal. Mi madre buscaba clientes por las calles. Uno le cortó el cuello cuando yo tenía sólo seis años.

—Una historia lamentable —observó Aubrick—. Sigue, por favor.

—Me enviaron a un orfelinato. La directora y sus celadoras eran capataces de esclavos con faldas. He recibido más latigazos de los que puedes imaginar. Y también tuve que padecer cosas peores.

—¿Sí, Nell?

—Había hombres en el orfelinato: unos guardianes, el jardinero, un chófer del camión de suministros... Una noche, tres o cuatro de aquellos tipos, nunca sabré cuántos fueron, entraron en mi cuarto y me forzaron. No era la única y a todos nos amenazaban con tremendas palizas si nos negábamos a satisfacer sus torpes deseos. A pesar de todo, luché desesperadamente, pero alguien me asestó un puñetazo y perdí el conocimiento.

—Horrible —comentó Aubrick—. Lo siento, Nell. ¿Denunciaste el hecho a la directora?

—No. Una interna lo hizo y ella le atizó un montón de latigazos, acusándola de haber provocado al hombre que la había violado. Entonces comprendí que toda protesta sería inútil y que no tenía más que una salida.

—Huir del orfelinato.

—Exacto. Después... bueno, ya sería demasiado largo de contar. He rodado por todos los sitios, trabajando en los empleos más bajos... hasta que un día un hombre me dijo que no era forma de vivir y que podía ganar mucho más dinero por otros procedimientos.

Aubrick hizo un gesto significativo con los dedos de la mano.

—«Afanando» billeteras en autobuses atestados de público —sonrió.

—Aquel hombre era un verdadero experto —continuó Nell, sin hacer caso del irónico comentario de su anfitrión—. Me enseñó muchas cosas, pero ya tenía muchos años y, además, su corazón estaba gastado. Casi podría decir que fue para mí el padre que prácticamente no conocí.

—Un padre decente no enseña a su hija a ser una ladrona —refunfuñó el joven.

—Yo estaba desengañada del mundo, llena de rencor y de odio. ¿Qué querías que hiciese? —contestó Nell de mal talante.

—Está bien, te disculpo, dadas las circunstancias. Pero no esperes que te devuelva la cartera que has robado hoy.

—¿Te la quedas?

—Lo siento. Mañana sabré por los periódicos quién es el hombre al que has robado y que ha sido asesinado delante de nuestras narices. Así podré enviar la cartera a sus familiares, de forma anónima, claro. Diré que la perdió en el autobús, que yo me la encontré y...

—No sigas, me lo imagino —cortó Nell, a la vez que se ponía en pie—. Creo que ya hemos hablado bastante y, puesto que no me entregas a la policía, voy a marcharme.

—A tu gusto, aunque me agradecería hacerte una observación.

—Dime, Sandy.

—Aunque vas vestida con esos ropajes, adivino que eres muy hermosa. ¿No se te ha ocurrido nunca buscar un trabajo decente?

Nell sonrió de una forma especial.

—Eso es algo que no entra por el momento en mis cálculos. No trates de darme lecciones de moral, porque no pienso hacerte caso. Perderás el tiempo, ¿comprendes?

Aubrick se encogió de hombros.

—La decisión es tuya, pero no me importará ir a visitarte a la cárcel cuando te atrape algún policía —dijo.

—Hoy he tenido mala suerte contigo. Tú me viste, pero el tipo ni se dio cuenta. Pensé en usar otras ropas, provocativas o vistosas, pero sé que era un tipo desconfiado y que habría recelado de mí si hubiese empezado a hacerle arrumacos. En cambio, ¿quién desconfiaría de una humilde monja, entregada a la oración y al amor al prójimo?

Repentinamente, Nell movió las manos hacia atrás, soltó unas presillas y se sacó el hábito por encima de la cabeza. Atónito, Aubrick la vio quedarse con una blusa muy liviana, minifalda y zapatos de tacón alto. Ella se agachó, metió la mano dentro de los hábitos y sacó un bolso que colgó de su hombro. Luego se arregló un poco el revuelto cabello y miró sonriendo al joven.

—Parezco otra, ¿verdad?

Aubrick se puso en pie y trató de acercarse a ella, pero Nell lo rechazó bruscamente.

—No me toques siquiera —dijo, enérgica—. Te doy las gracias por no haberme entregado a la policía, pero eso no te concede otros derechos.

—No pensaba hacer nada malo —protestó él—. Sólo quería...

—Ya —dijo Nell con sorna—. Conozco a los hombres, y tú no eres precisamente un perro. Adiós, Sandy.

Ella se alejó taconeando vivamente y salió del apartamento, antes de que su dueño tuviese tiempo de reaccionar. Por otra parte, Aubrick tenía cierto sentido del ridículo y no quiso correr tras la joven, a fin de no recibir un nuevo desaire, debido a algo en lo que no había pensado siquiera.

Al quedarse solo, contempló unos momentos los hábitos caídos en el suelo. Después se inclinó, recogió las ropas y las dejó en un sillón. A continuación, pensó en la billetera robada y que ahora estaba en su poder. Resultaría curioso conocer el nombre de su difunto dueño, se dijo.

CAPÍTULO II

El muerto se había llamado Helton Kasper y había un permiso de conducción en el que se mencionaban sus señas. Aubrick encontró también otras cosas.

Había en la billetera un par de hojas, arrancadas de una agenda. En una de ellas se leía una anotación: «Hablar con Rita Cádiz, Bacchus, lo más pronto posible, asunto R. C.».

Aubrick empezó a pensar que la vida de Kasper no había sido demasiado ejemplar, sobre todo si se pensaba en los diez billetes de mil dólares que guardaba en la billetera y que las gentes ordinarias no solían llevar consigo. Aparte de dicha suma, tenía también otros billetes, hasta un total de ochocientos dólares.

En las hojas de la agenda encontró también otras anotaciones, pero le parecieron escritas en clave y desistió de descifrarlas. Había otra cosa que le intrigó un tanto, hasta que descubrió se trataba del resguardo de la consigna de alguna estación de autobuses. Luego empezó a pensar si sería conveniente llevar la cartera en persona o, como había dicho, enviarla anónimamente a la familia de Kasper.

—Pero ¿tenía familia? —murmuró.

El teléfono sonó de pronto, arrancándole a sus desconcertadas reflexiones. Maquinalmente, alargó la mano y levantó el aparato.

—Aubrick —dijo.

Una voz femenina de tonos chillones resonó de inmediato en sus oídos.

—¡Sandy! ¿Eres tú de veras? He estado llamándote durante mucho rato y no me contestabas.

Aubrick identificó en el acto a la mujer que le hablaba y torció el gesto. Amanda Shiffeth era una chiflada, que rebosaba dinero por todos los poros de su cuerpo, y él le debía ciertos favores que, por

otra parte, creía ya pagados. La señora Shiffeth, sin embargo, pensaba de forma muy distinta y cuando le daba por acosarle, resultaba espantosamente pesada. «Ni con agua hirviendo conseguiría despegármela», pensó con amargo sarcasmo.

—Lo siento, Amanda —se disculpó—. Estaba fuera...

—Sí, sí, ya sé que tienes mucho trabajo, pero eres un hombre joven y debes expansionarte de vez en cuando. Mira, dentro de tres días doy una fiesta y quiero que asistas. No me falles, Sandy, o dejaré de hablarte por el resto de mis días...

«Pues no sería mala idea», pensó el joven.

Pero era hombre cortés y no se atrevió a expresar en voz alta sus pensamientos.

—Si no vienes, contrataré a un par de forzudos detectives para que te traigan a la fiesta. Además, la doctora Hamsden ha prometido su asistencia. ¿No sabes quién es? Una artista de la cirugía estética. Y lo demuestra con su trabajo personal... quiero decir que ella misma programó la operación a que debía someterse. Por supuesto, no pudo operarse a sí misma, pero sí lo hicieron sus ayudantes. Oye, fue algo fantástico y estoy en tratos con la doctora, para que me arregle un poco el... Bueno, eso es algo íntimo y no te lo voy a decir... aunque ya lo verás cuando haya terminado todo...

Paciente, Aubrick empezó a mover la mano en sentido circular vertical, como si estuviese dando vueltas a una manivela. Las palabras fluían incansablemente de la boca de Amanda Shiffeth y él soportaba estoicamente aquel chaparrón de lo que consideraba una sarta de insensateces, proferida por una mujer que tenía tanta falta de seso como sobra de dinero.

Al fin, Amanda pareció ofrecer síntomas de fatiga y el joven se apresuró a decir que asistiría y que no faltaría por nada del mundo. La señora Shiffeth cortó la comunicación, con gran alivio de Aubrick, quien sacó un pañuelo para en jugarse el sudor que inundaba su frente.

—Creo que a ningún hombre le fue aplicada mejor la frase de «Descanse en paz», que al difunto señor Shiffeth —murmuró, pensando en lo que había tenido que sufrir en esta vida el esposo de Amanda.

Luego dejó de lado la fiesta a la que debía asistir y volvió una vez más a la billetera de Kospet y a su contenido.

—¿Quién diablos puede ser Rita Cádiz? —se preguntó.

La respuesta era muy sencilla: tenía que averiguarlo por sí mismo.

* * *

Veinticuatro horas más tarde, encontró que el Bacchus no era la infecta taberna que había sospechado en un principio sino un local de aspecto bastante decente, mejor desde luego que algunos de sus clientes. Pero vestido con ropas corrientes, Aubrick se dijo que no desentonaría demasiado en aquel ambiente.

Había un mostrador al fondo, forrado de cuero en la parte exterior. Tomó asiento y encargó un *whisky* a la camarera que acudió a atenderle.

Durante unos momentos bebió en silencio, observando a la clientela. De pronto, la camarera se le acercó y se inclinó hacia él.

—Señor...

—¿Eh? —dijo Aubrick.

—Le llaman, señor.

—¿Dónde está el teléfono? —preguntó él instantáneamente.

—Perdón, señor; pero no es una llamada telefónica. La dueña quiere hablarle. Vaya por la puerta del fondo, señor.

—Está bien.

Aubrick sacó unos billetes, pero la *barmaid* extendió la mano.

—Está invitado, señor —sonrió.

—Muy bien, muchas gracias.

Instantes más tarde, Aubrick llamaba a una puerta acolchada, que se abrió de inmediato.

—Pase —dijo la mujer.

Era alta, de cuerpo arrogante y cabellos negros como ala de cuervo. Debía de contar unos treinta y cuatro años, calculó Aubrick, pero resultaba terriblemente atractiva con aquel vestido negro, de gran escote delantero y la espalda completamente al descubierto.

—Soy Rita Cádiz —se presentó ella.

—Un seudónimo, sin duda —dijo Aubrick.

—¿Cómo lo sabe?

El joven sonrió.

—Estoy habituado a hacer deducciones —repuso.

—Por eso es policía.

—No.

Las cejas de Rita se alzaron.

—¿No?

Aubrick extendió los brazos.

—Regístreme —invitó.

—Entonces, ¿qué diablos hacía en mi local, mirando a todas partes, como si buscase a alguien? —exclamó Rita un tanto malhumorada.

—¿Quiere que se lo diga?

—Si no se lo impide el secreto profesional... —dijo Rita, con cáustica sonrisa.

Impasible, Aubrick abrió su billetera y sacó una de las hojas de la agenda encontradas en la de Kasper.

—Lea, por favor —solicitó.

Rita tomó la hoja y paseó rápidamente la vista por aquellos breves renglones. Luego alzó los ojos hacia el joven.

—¿Cómo ha llegado a su poder? —preguntó.

—Por el momento, me reservo la respuesta. Aunque sí le diré que esta hoja fue encontrada en una billetera que perteneció a un tipo llamado Helton Kasper.

—¡Kasper! —repitió ella, sorprendida.

—Lo mataron ayer por la tarde. Yo estaba presente.

Rita se mordió los labios.

—Tenía que acabar así —murmuró—. Era un perfecto canalla.

—Eso es lo que yo pienso, pero ¿qué sabe usted de él?

—¿Le importa mucho?

Aubrick se encogió de hombros, a la vez que recobraba el papel.

—En realidad, sólo siento curiosidad —dijo—. Kasper llevaba esta nota en su billetera y me intrigó el hecho de que quisiera hablar con usted de un tal R.

C. Simplemente,
quería conocer a Rita Cádiz.

—Ya me ha conocido. ¿Qué opina?

—¿Quién es R. C.?

—Rube Clapham. Un consejo, amigo: olvídense de él.

—Pero no de usted. Eso es imposible.

Halagada, Rita sonrió.

—Si no es policía, ¿qué es?

—¿Cuál es su verdadero nombre?

—Jane Smith. Pero tengo el pelo y los ojos negros, y doy el aspecto de una española. Hubo un tiempo en que actuaba en los escenarios...

—¿Bailando flamenco?

Rita lanzó una estentórea carcajada.

—Me desnudaba, hombre.

—Si lo hubiera sabido... —suspiró Aubrick.

—Gané dinero y monté este negocio.

—Y ya no se desnuda.

—No.

—Entonces, ¿duerme vestida?

Ella volvió a reír.

—Me resultas simpático —dijo—. Pero todavía no sé tu nombre.

—El original es Thomas. Pero suelen llamarme Sandy. Y Aubrick, de apellido. ¿Quién es Clapham?

—Un tipo duro, dedicado a negocios poco honestos, por calificarlos de alguna manera. Guárdate de él. Mejor dicho, olvídelo.

—En cambio, a ti no podría olvidarte, aunque me lo propusiera.

—No trates de halagarme. No cederé, si es eso lo que piensas.

Aubrick se encaminó hacia la puerta. Antes de salir, sin embargo, sacó una tarjeta de visita y la dejó encima de una consola.

—Si un día sientes necesidad de desahogarte con alguien de absoluta confianza, llámame —dijo.

—No es probable que eso suceda —contestó ella.

—A tu gusto, pero ya sabes que estoy a tu disposición. Por cierto, ¿qué había hecho Kasper para que alguien sintiera la necesidad de eliminarle?

—Nada bueno, seguro. Irritó a... alguien, eso es todo lo que sé.

—¿Tampoco sabes quién lo mató?

—Nadie lo sabe.

—Era un tipo delgado, de piel incolora y cabellos pajizos.

Rita dio un respingo, a la vez que se persignaba.

—¡Santo cielo! Es Evin Purdue, *el Iceberg* —exclamó.

—Un tipo frío, sin duda.

—Sandy, apártate de Purdue. Huye de él como de la peste. Si

sabe que lo has reconocido te matará.

—Hasta ahora no lo he dicho a nadie. ¿Se lo dirás tú?

Rita negó con vigorosos movimientos de cabeza.

—Callaré, te lo prometo.

—Pero recuerda, si sientes deseos de desahogarte, llámame. Adiós... y gracias por la copa, Rita.

* * *

Aubrick abandonó el Bacchus, relativamente satisfecho de su entrevista con la propietaria. No había logrado gran cosa, aunque sí sabía que había excitado la curiosidad de Rita. Otro día volvería a la carga, pensó.

Caminó unos pasos por la acera y, de pronto, sintió que le tocaban en el hombro.

En cierta ocasión un experto le había dado un consejo:

«Cuando estés en algún lugar desconocido y te toquen en un hombro, no te vuelvas inmediatamente. Pueden arrearte un buen puñetazo en la mandíbula».

Aubrick recordó el consejo y dio un pequeño salto hacia adelante. Luego giró en redondo.

El hombre le miró asombrado.

—¿Qué le pasa, amigo? ¿Tiene miedo?

—Sí —contestó Aubrick.

—Bueno, yo no pretendía hacerle daño...

—Entonces mucho mejor. ¿Qué desea de mí?

—Sólo una respuesta.

—¿Obligatoria?

—Según se mire.

—Bueno, vamos a mirarlo —sonrió Aubrick—. Haga esa pregunta.

—¿Qué le ha dicho a Rita?

—Creo que eso no le importa en absoluto, amigo.

El hombre le miró con ojos malhumorados. Era un sujeto de casi cuarenta años, de buen aspecto, pero, calculó Aubrick, poco amante del ejercicio físico.

Súbitamente, metió la mano en un bolsillo y sacó una navaja, cuya hoja se desplegó en el acto, con seco chasquido.

—Hable —dijo el sujeto con torvo acento.

Aubrick se llenó los pulmones de aire.

—Sí, claro... ¡Cuidado, se le cae encima ese rótulo luminoso! —gritó.

El hombre respingó, levantó la vista un instante y luego se echó a un lado. Aubrick aprovechó su desconcierto para agarrarle la mano armada con la izquierda. Luego disparó un tremendo derechazo a su mentón y lo dejó tendido instantáneamente en el suelo.

La navaja se desprendió de unos dedos sin fuerza. Aubrick se inclinó, la recogió y luego, acercándose al caído, le cortó el cinturón de los pantalones.

A continuación plegó la navaja y la tiró por el imbornal de una alcantarilla cercana. Hecho esto, giró en redondo y se alejó sin prisas, silbando suavemente una vieja melodía.

El individuo despertó muy pronto y, sentándose en el suelo, sacudió la cabeza. En aquella postura, vio a Aubrick que se alejaba sin prisas, a punto de doblar la próxima esquina.

Lanzando un rugido de ira, se puso en pie de un salto y echó a correr. Pero apenas había dado cuatro zancadas, se le bajaron los pantalones y se le enredaron las piernas, lo que provocó una segunda caída, en medio de las risas de algunos transeúntes que circulaban en aquellos momentos por la acera.

Cuando el hampón quiso reaccionar, Aubrick estaba ya muy lejos de aquel lugar. Había subido a su coche, estacionado a prudente distancia del Bacchus y rodaba, sin prisas, de regreso al hogar.

CAPÍTULO III

Llegó a la estación de autobuses y buscó el armario que correspondía a la llave encontrada en la billetera de Kosper. Después de abrirlo, miró a su interior y se sobresaltó al verlo vacío.

Había esperado encontrar allí una maleta, un paquete o algo por el estilo, pero lo que había era algo muy distinto. Sobraba espacio para otra llave, con un trocito de cartón atado a la misma con un cordel, a modo de etiqueta.

Aubrick cogió la llave y leyó lo que había escrito en el cartón:

«Si me sucede algo, entreguen esta llave a Bill Bownes, calle 18, 2441. Él sabe dónde está L. W, y se la entregará».

Aubrick se sintió desconcertado al conocer el singular mensaje. Una cosa parecía cierta: Kosper había sentido su muerte y había tomado sus precauciones para que alguien no pudiera encontrar...

«Encontrar, ¿qué?», se preguntó desconcertado, mientras cerraba de nuevo el armario.

Regresó a su coche, profundamente pensativo. ¿Debía visitar a Bownes?

—¿Y por qué no? Si no hablo con él no me enteraré de nada —murmuró, mientras accionaba el arranque.

Mil metros más adelante se detuvo ante un semáforo. El coche que iba por el carril contiguo, inmediatamente antes que el suyo, era un descapotable conducido por una hermosa joven.

Ella tenía el pelo rubio, recogido ahora en un moño de corte clásico pero Aubrick no podría olvidar jamás el perfil de su rostro.

Apenas se encendió la luz verde, arrancó y maniobró para situarse detrás de Nell Norden.

La muchacha no parecía haberse dado cuenta de que era seguida y conducía con prudencia. Tres kilómetros más adelante, ya fuera de la ciudad, se desvió por una ruta secundaria.

Aubrick la dejó adelantarse un par de cientos de metros, a fin de evitar posibles sospechas por parte de Nell. Unos minutos después, Nell volvió a tomar una segunda desviación.

A quinientos metros había una lujosa mansión, rodeada de un espléndido parque. Aubrick se sintió estupefacto al conocer la dirección que llevaba la joven.

«¿A qué diablos va Nell a casa de Amanda Shiffeth?», se preguntó.

Vaciló unos momentos, pero no tardó en tomar una decisión y se salió del camino en un trozo llano. Dio la vuelta al coche y lo dejó oculto tras un grupo de altos arbustos.

Esperaría el regreso de Nell y luego iría a hablar con Amanda, a fin de prevenirle...

De pronto dio un salto en el asiento. Nell regresaba ya y entonces pudo darse cuenta de que lo único que había hecho la joven era contornear el parque de la residencia de Amanda.

Ella pasó sin verle. Aubrick se indignó, puso el coche en movimiento y se lanzó en persecución de Nell, a la que alcanzó y rebasó momentos después. Para detenerla, cruzó el coche en el camino, de modo que Nell tuvo que ejecutar una violenta maniobra para evitar la colisión.

—Pero ¿qué hace, imbécil? —le apostrofó ella—. ¿Quiere matarme, estúpido?

Tranquilamente Aubrick saltó del coche y se acercó al de Nell. Al reconocerle, ella puso cara de asombro.

—Usted...

—Loado sea el Señor hermana —dijo Aubrick irónicamente—. ¿Pasa necesidades su comunidad? ¿Ha ido a pedir limosna a una mujer rica?

Nell apretó los labios.

—Lo que hago aquí no es cuenta suya —respondió—. Aparte su coche y déjeme pasar, es todo lo que le pido.

—Tiene razón; sus problemas no me importan. Sólo sentía

curiosidad por saber qué hace aquí...

—Necesitaba tomar el aire, es suficiente.

—¿Cree que conduciendo un coche se hace ejercicio físico?

—Todo es cuestión de perspectiva. El cambio es automático y no tengo más que mover un pie ligeramente. Pero así relajo mi mente.

—Sin duda, profundamente recargada por gravísimos problemas... ¿financieros?

Nell sonrió inesperadamente.

—¿Por qué se interesa tanto por mí, Sandy?

—¿Quiere una respuesta sincera?

—Es usted una chica preciosa y no me gusta que siga una carrera criminal.

—Yo no mato a nadie —protestó Nell con vehemencia.

—Crimen es todo delito, sea cual sea, incluso el disfrazarse de monja para robar billetteras en el autobús. ¿Cómo sabía que Kasper llevaba diez mil dólares en billetes de a mil, más ochocientos en otros de menor denominación?

—Bueno, yo necesitaba algo de dinero y había ido al banco a extraer algunos cientos de mi cuenta corriente.

—Y vio a Kasper tirar de talonario de cheques.

—Sí, efectivamente.

—Luego le siguió... Pero no iría al banco disfrazada de monja.

—Oh, no; lo que pasa es que él se metió en una cafetería cercana y yo aproveché para cambiarme en los lavabos. Llevaba el disfraz en el maletero de este coche, precisamente. No me costó mucho tiempo, créame.

—Pero no podía saber entonces que él iba a viajar en autobús...

Nell hizo un gesto de impaciencia.

—Le vi apearse frente al banco. Por eso deduje que se marcharía en otro autobús —explicó.

—Nell, siento haberle privado de un buen botín, pero no es esa clase de vida la que le conviene.

—A usted no le importa en absoluto. Yo lo hago por...

Aubrick se inclinó hacia ella.

—¿Sabe una cosa? No me creo en absoluto la lacrimógena historia que me contó el otro día. No hubo orfelinato, ni latigazos, ni violación. Pero resultaba enternecedor escucharla.

Nell no pestañeó siquiera.

—Algún día conocerá mi verdadera historia, Sandy —dijo.

—Es posible. Bueno, voy a apartar mi coche para que pueda seguir su camino. ¿Cuál es el siguiente «primo» al que aligerar del fatigoso peso de su billetera?

—Tal vez usted —sonrió Nell.

—Lo tendré presente, para no situarme a menos de dos metros de usted.

—Quizá sea usted el único que ha dicho una cosa semejante. Por lo general, los hombres quieren estar mucho más cerca de mí, Sandy.

—Cuando llegue ese momento, procuraré tener los bolsillos vacíos. Adiós, Nell.

Ella agitó una mano suavemente. Aubrick fue a su coche, maniobró para apartarlo y dejó que la joven se le adelantara. Después, sin prisas, emprendió la ruta que habría de llevarle a la casa de Bill Bownes.

Era preciso que Bownes le explicase el significado total del mensaje dejado por Kasper en la consigna de la estación de autobuses.

* * *

Llamó a la puerta, pero no contestó nadie. En vista del silencio del ocupante del apartamento, volvió a llamar de nuevo.

Bownes no debía de estar en casa, pensó. Volvería otro rato.

Y ya se disponía a marcharse, cuando de pronto la puerta se entreabrió un poco. Aubrick vio una mano que se aferraba al borde y empujó para terminar de abrir.

El hombre se sostenía difícilmente en pie. Tenía el rostro ceniciento y había sangre en su pecho, apreció el joven, cuando pasó al otro lado.

Los dos se miraron en silencio unos instantes, el ocupante del piso todavía en pie, aunque con la espalda apoyada en la pared.

—¿Bownes? —dijo Aubrick al cabo.

—Sí... —contestó el otro con un hilo de voz, al mismo tiempo que se dejaba resbalar para quedar sentado en el suelo.

Aubrick se arrodilló a su lado, procurando mantener la serenidad.

—Está herido —dijo.

—Salta a la vista —repuso Bownes con amarga ironía.

—¿Quién ha sido?

—El... Iceberg...

Aubrick se estremeció.

—Déjeme ver la herida —pidió.

—Ya no hay... nada que hacer... Estoy acabado... No se moleste, amigo.

El joven se dio cuenta de que Bownes se moría a chorros. Era preciso que hablase antes de perder el conocimiento.

—Escuche... Kasper dejó un mensaje para usted en la estación de autobuses. Una llave. La tengo yo en el bolsillo. Kasper dice que usted se la entregará a L. W. ¿Quién es L. W.? —Lisa... Walters...

Bruscamente, Bownes se inclinó a un lado y se quedó quieto.

Aubrick le tocó en el hombro.

—Bownes, Bownes...

Pero el hombre no le contestó. Aubrick buscó su carótida y ya no encontró pulso.

—Pobre hombre —murmuró.

Durante unos momentos se sintió indeciso. Al parecer, nadie se había enterado de lo ocurrido.

El asesino era un tipo a quien llamaban el Iceberg y al que había visto en una ocasión. Debía de ser un tipo despiadado, sin sangre en las venas, capaz de cometer las mayores salvajadas sin inmutarse.

—Me gustaría ponerte la mano encima, Evin Purdue —dijo, a la vez que se levantaba y se limpiaba maquinalmente las rodilleras de los pantalones.

Al menos, pensó, había averiguado una cosa: el nombre de la persona a la que correspondían las iniciales escritas por Kasper.

«¿Quién diablos será Lisa Walters?».

De repente, se le ocurrió una idea. Había alguien que, tal vez, podía informarle en ese sentido.

Iría a ver a Rita Cádiz.

A última hora de la noche, cuando ya estuviese a punto de cerrar su local.

El hombre, aparentemente borracho, dormitaba en una mesa. Los clientes desfilaban hacia la calle. Las camareras se cambiaron de ropa y se marcharon.

Rita se dispuso a cerrar el local. Entonces se dio cuenta del rezagado, situado en un lugar penumbroso, por lo que nadie había reparado en él hasta aquel momento.

Frunció el ceño. Le iba a costar echar a la calle a aquel sujeto, que no sabía tener mesura para la bebida. Pero era una mujer decidida, y, debajo del mostrador, tenía un buen garrote, que usaba desenvueltamente cuando se presentaba la ocasión.

Primero intentaría echarlo por las buenas. Si se resistía...

Acercándose al sujeto, le tocó en el hombro.

—Eh, amigo, despierte; es hora de irse a la cama —exclamó.

—¿Juntos los dos? —dijo Aubrick, a la vez que se incorporaba con la sonrisa en los labios. Rita dio un salto hacia atrás.

—¿Eh?

—Perdona, encanto; no me había dado cuenta...

Aubrick se quitó la barba y el bigote postizos que se había puesto para cambiar su aspecto. Rita lanzó un suspiro de alivio.

—Ah, eres tú —dijo—. ¿Por qué te has disfrazado, si no estamos en Carnaval?

—Bueno, quería hablar contigo, pero no me convenía que nos vieran juntos. Tus empleados creen que es un borracho el que se ha quedado rezagado y, si alguno me vio el otro día, no me ha reconocido.

—Está bien —sonrió ella—. Iremos a mi habitación. Pero no pienses siquiera en lo que has dicho antes. Era sólo una frase de rutina, ¿sabes?

—Es que ir a la cama contigo no tendría nada de rutinario —contestó él jovialmente.

Rita meneó la cabeza.

—Terriblemente simpático, muy atractivo... pero no me convences. Olvida ciertos proyectos, si es que acaso pensaste en algo más que una simple charla.

—Me resignaré, ¿qué le vamos a hacer?

—No te queda otro remedio. Anda, sígueme.

Rita fue apagando luces al pasar. Llegó a la trasera del local y emprendió el ascenso al piso superior. Momentos después se hallaba

en una sala elegantemente decorada y se dispuso a servir una copa a su visitante.

—Yo no tengo ganas de beber, pero tú sí puedes hacerlo —dijo.

—Gracias. Beberé para olvidar que tú no me aceptas...

Rita sacudió la cabeza.

—Te he dicho que lo olvides. Y ahora, suéltalo de una vez. ¿Qué quieres de mí?

—¿Te has enterado de la muerte de Bill Bownes?

La joven dio un tremendo respingo.

—¿Has dicho... Bownes?

—Sí, exactamente, Rita.

—No sabía... ¿Cómo te has enterado?

—Le he visto morir. Agonizaba cuando yo llegué a su casa. Apenas pudo abrirme la puerta. No duró ni un minuto desde ese momento.

—Pobre hombre... Creo que ahora yo necesito una copa —dijo Rita.

Aubrick, comprensivo, esperó a que ella se hubiese repuesto de la impresión sufrida. Al cabo de unos momentos, Rita se volvió hacia el joven.

—Era un buen muchacho. No un santo, claro; pero los hay mil veces peores. A su modo, era honesto.

—Debía de serlo, porque Kospers confiaba en él. ¿A qué se dedicaba?

Rita hizo un gesto vago.

—Comprendo —dijo el joven—. A todo y a nada, pero en alguna ocasión hizo algo comprometedor y alguien pensó que debía cerrarle la boca, de lo que se encargó el Iceberg.

—¡Santo Dios! —Se espantó Rita—. ¿También lo ha hecho ese canalla?

—El propio Bownes me lo dijo y ya se moría, de modo que no hay lugar a dudas. Rita, ¿conoces tú a una tal Lisa Walters?

—No, nunca he oído ese nombre. ¿Quién es?

—Eso precisamente es lo que me gustaría saber. Mira, te dejaré algunos números de teléfono para que me llames inmediatamente si llegas a averiguarlo. ¿Lo harás?

—Bueno, no quiero comprometerme a nada...

—Inténtalo, te lo suplico.

Rita le miró fijamente.

—Sandy, eres un tipo raro, y conste que no lo digo en cierto sentido, porque me pareces muy peligroso. Lo digo porque estás haciendo una serie de cosas que, en apariencia, tendrían que importarte muy poco, por no decir nada. ¿Me comprendes? Aubrick le dirigió una sonrisa deslumbrante.

—Tengo interés en saber por qué un hombre fue asesinado al bajarse del autobús —contestó, a la vez que se dirigía hacia la puerta—. No te olvides de Lisa Walters —recomendó.

—Está bien, haré lo que pueda.

Aubrick estaba ya con la mano en el pomo, cuando de pronto recordó un detalle.

—Rita, la otra noche, cuando salía de aquí, un hombre me puso una navaja en el pecho y quiso obligarme a que le dijera lo que habíamos hablado tú y yo. Tiene unos cuarenta años, aspecto relativamente normal... y me pareció ver una cicatriz en el lado izquierdo de la frente, de modo que provoca una raya blanca en el pelo. ¿Lo conoces?

—Haddo Maffey —respondió ella instantáneamente—. ¿Por qué diablos quería saber ese miserable lo que habíamos hablado tú y yo?

Aubrick se encogió de hombros.

—No lo sé, no pude preguntárselo, porque lo dejé sin sentido —contestó.

—Quizá se lo pregunte yo en cuanto le eche la vista encima.

—Muy bien, ya me dirás algo cuando te sea posible. No olvides los teléfonos que te he dado.

Aubrick volvió a sonreír. Vio cierta duda en el rostro de la joven, pero no quiso insistir en un tema un tanto vidrioso.

—Otro día —se despidió.

Rita sonrió de un modo especial.

—¿Quién sabe? —contestó a media voz.

Aubrick salió, con la seguridad casi absoluta de que Rita habría cedido si él hubiera presionado un poco más, pero no quería forzar las cosas. Todo llegaría por sus pasos contados y en el momento oportuno, se dijo cuándo ya llegaba a la calle.

En el mismo momento, alguien apoyó en su costado un objeto punzante.

—Hoy no te vas a escapar tan fácilmente —dijo Haddo Maffey.

CAPÍTULO IV

Aubrick realizó una profunda inspiración. Con el rabillo del ojo miró a Maffey, situado a su izquierda. La pequeña cicatriz de la frente destacaba claramente en el trozo donde faltaba el pelo.

—Hoy no tienes un rótulo luminoso sobre tu cabeza —sonrió.

—No, pero tengo otra navaja y mide cinco centímetros más que la otra. Si aprieto le saco la punta por el otro costado —amenazó el sujeto.

—Muy bien, hombre, hablemos pues de lo que te interesa. He estado con Rita, pero tú eres un caballero y no pretenderás que no te haga un relato erótico. ¿Es que no eres capaz de hacer lo mismo con otra mujer?

Maffey respingó.

—Usted y Rita...

Aubrick simuló toser.

—Yo no he dicho nada. Todo te lo imaginas tú.

—Pero me ha dicho que yo puedo hacer lo mismo con otra.

—Claro. Y con cien mujeres, si te lo propones.

—¡Cien mujeres! —bufó el hampón—. ¿Para qué tantas?

—Hombre, en la variedad está el gusto. Y si no, fíjate en los sultanes: tenían a veces quinientas mujeres en el harén...

—¡Qué barbaridad! ¿Y ya podían ocuparse de todas?

—No lo sé. Como no he sido sultán no tengo experiencia sobre el particular. Pero muchos sultanes se arruinaron y acabaron pidiendo limosna por las calles.

—¿De veras? ¿No dicen que eran tan ricachones?

—Haddo, ¿tú sabes la cantidad de bombones que pueden consumir quinientas mujeres al cabo del día?

Maffey se atiesó de repente.

—Está burlándose de mí —dijo con aspereza en la voz—. Y no creo que haya hecho nada con Rita...

—¿Qué sabes tú? ¿Lo has visto acaso?

—No, claro; no estaba en el dormitorio... Pero han hablado, supongo.

—Haddo, eres idiota. En esos momentos no se puede hablar.

—¿Y antes?

—¿Antes de qué?

—Antes de... de eso.

—Ah, estuvimos jugando a los dados. Comentamos cosas sin importancia: la inflación, el paro, las guerrillas en el Caribe, las tensiones Este-Oeste, el precio de los alimentos... cosas sin relieve, como puedes apreciar.

—¡Mentira! —rugió Maffey—. Usted trata de burlarse de mí...

—Un momento, Haddo —pidió el joven—. Rita y yo hemos estado hablando, es cierto, y tú quieres conocer el tema de la conversación, ¿no es cierto?

Maffey acentuó la presión de la navaja.

—Sí, quiero saberlo. Y ahora mismo me lo va a decir.

—Siempre que tú me digas por qué tienes tanto interés en esa conversación.

Hubo un momento de silencio. Luego, Maffey, renuente, contestó:

—Me interesa porque... ¡Por todos los diablos! ¡Estoy enamorado de Rita! —vociferó.

Aubrick se quedó pasmado. «Ahora resulta que tengo que enfrentarme con un tipo celoso», pensó.

—Estás enamorado y ella no te corresponde, ¿eh?

—Bueno, parecía que podía abrigar esperanzas, pero entonces va, llega usted y...

—Claro, apartándome de la circulación, el paso queda libre hasta el corazón de Jane Smith.

—Estamos hablando de Rita —gruñó Maffey.

—Perdona, olvidé que Rita es un seudónimo... Lo siento, hijito; si quieres puedes pincharme, pero no por eso conseguirás lo que deseas.

Maffey se quedó desconcertado. Aubrick empezó a pensar en la conveniencia de iniciar un ataque que le liberase de una situación

harto incómoda.

De pronto apareció un coche por la esquina próxima.

Los faros iluminaron a los dos hombres. El automóvil, rodando lentamente y en silencio, se aproximó a ellos.

Aubrick presintió el peligro.

—¡Cuidado! —gritó, a la vez que daba un salto para apartarse del sujeto.

Maffey se desconcertó momentáneamente. Durante un instante no supo qué hacer, mirando alternativamente a Aubrick, quien ya se lanzaba al suelo, y al coche que llegaba a su altura en aquel momento.

Cuando adivinó lo que iba a pasar, echó a correr. El conductor aceleró, manteniéndose a su nivel.

Aubrick lo vio desde el suelo. Maffey corría desesperadamente, pero no pudo ganar al coche en velocidad. El conductor lo mantuvo hábilmente a su misma altura, mientras que el sujeto que iba en el asiento posterior con la ventanilla abierta, descargaba un peine entero de balas en el cuerpo del hombre.

Maffey continuó corriendo por efectos de su propio impulso durante unos pocos metros más. Luego empezó a inclinarse hacia adelante.

Asombrado, Aubrick se dio cuenta de que no había oído estruendo de los disparos. El asesino, pensó, había utilizado silenciador.

El coche doblaba ya la esquina, acelerando, aunque sin demasiadas prisas, para no ocasionar un estruendo innecesario con el escape. Nadie parecía haberse dado cuenta de lo sucedido y Aubrick pensó en la conveniencia de una discreta retirada, antes de que llegase la policía.

Cuando alcanzó la esquina opuesta volvió la cabeza un instante.

Maffey estaba tendido en el suelo boca abajo, con los brazos extendidos y una pierna bajo el cuerpo. La luz de un farol próximo arrancaba destellos escarlatas al espeso líquido que había brotado de las heridas.

* * *

A veces, Aubrick pensaba con rabia que le habría gustado tener

un cañón o una bomba, para tirar contra el coche en el que actuaba Purdue. Todavía no se le había pasado la furia producida por el asesinato de Maffey, cuando llegó a la verja de acceso a la mansión de Amanda Shiffeth.

Le hubiera gustado tener a Purdue en sus manos. Habría sido capaz de destrozarle... Un tipo como Purdue no merecía vivir, se dijo, mientras un correcto sirviente abría la verja.

«Ya le echaré el guante», se propuso, mientras se apeaba frente a la mansión, brillantemente iluminada.

La anfitriona le recibió en el propio vestíbulo. Era una cuarentona, todavía de buen ver, aunque se apreciaban claramente ciertos estragos del tiempo en su rostro, y también la lucha que sostenía con la báscula. Amanda Shiffeth le tendió ambas manos y luego le estampó un fuerte beso en la boca.

—Querido, sin ti la fiesta habría carecido de lucimiento —dijo.

Aubrick emitió una sonrisa de circunstancias. Conocía de sobra los motivos del entusiasmo de Amanda, pero, a pesar de que hacía mucho tiempo que pensaba en ello, no sabía cómo salir de cierta situación que se le hacía más incómoda a cada día que pasaba.

—Estás guapísima —elogió—. Cuídate mucho, no sea que alguien te rapte esta noche.

Amanda soltó una risita.

—Sólo uno podría raptarme, querido —contestó—. Ahora perdóname, pero tengo que atender a mis invitados. Luego, más tarde, hablaremos tú y yo a solas. Tengo algo muy interesante que decirte, ¿sabes?

—Siempre a tu disposición, princesa —contestó él galantemente.

De pronto, Amanda extendió una mano.

—¡Ah, señor Clapham! ¡Qué placer tenerle en mi humilde morada! No sabe cuándo le agradezco que haya aceptado mi invitación...

Aubrick oyó aquel hombre y parpadeó, asombrado. ¿Era aquel Clapham el mismo que había mencionado Rita?, se preguntó.

Clapham era un hombre de casi cincuenta años, fornido, más que grueso, elegante y de aspecto bonachón, que desmentía la dureza de sus ojos muy claros, tanto, que caso parecía no tener pupilas. Iba acompañado de una rubia espectacularmente ataviada, con un traje que apenas si tenía dos tiras de tela en la parte

delantera. Prácticamente, aquellas telas no cubrían el ostentoso busto de la rubia, cuya sonrisa le pareció a Aubrick impresa en su rostro, más que causada por la situación.

—Amanda, es usted siempre tan hermosa —dijo Clapham—. ¿Qué he hecho yo para merecer el honor de ser invitado a su fiesta?

—Es mi amigo y basta —respondió la dueña de la casa—. Y los amigos son para las ocasiones, creo.

—Por supuesto... Oh, perdóneme, Amanda; había olvidado presentarle a mi acompañante. Lisa, ella es la señora Shiffeth. Amanda, te presento a Lisa Walters.

Aubrick oyó aquel nombre y se quedó estupefacto.

Lisa Walters ofrecía el aspecto de una entretenida, la amante de un sujeto como Clapham. ¿Era aquélla la misma mujer a la que Kosper quería entregar cierta llave? Amanda y Lisa intercambiaron unas corteses palabras. Luego, Clapham se alejó con la rubia.

Una doncella pasó con una bandeja y Aubrick tomó una copa, para distraerse un poco, mientras reflexionaba. De pronto, al fondo del salón al que ya había pasado, vio a una elegante joven, vestida con un traje de plata, que conversaba con un hombre de cabellos blancos.

La joven le pareció conocida, pero no le prestó demasiada atención. De pronto, se le acercó alguien.

—La fiesta no parece divertirle —dijo Lisa Walters.

Aubrick la miró fijamente.

—¿No nos hemos visto antes en alguna parte? —sonrió.

—No lo creo... Soy Lisa Walters.

—Sandy Aubrick. ¿Conocías a la anfitriona?

—No, pero me invitó un amigo... Rube Clapham.

—No le conozco. Ese amigo, ¿es también pretendiente?

Lisa tenía una copa en la mano y le miró por encima, a la vez que sonreía con malicia. —Es... un amigo— contestó.

—Oh, perdona, no quise ofenderte.

—No me ofendes. Rube y yo hacemos intercambio.

Aubrick levantó las cejas.

—¿Intercambio? —repitió.

—Sí. El me ofrece lujos, joyas, dinero... y yo le ofrezco otras cosas. —Dilató el busto en profunda inspiración—. Otras cosas —repitió.

—Comprendo. Clapham es un hombre afortunado. Yo no podría intercambiar nada contigo.

—Quizá sí. Tú tienes algo de lo que carece Rube.

—¿De veras?

Lisa volvió a sonreír.

—Podríamos quedar de acuerdo en una fecha y un lugar determinados, a fin de hacer el intercambio —dijo.

—Tú me darías..., ejem... Bueno, démoslo por supuesto. Pero ¿qué haría yo por..., por eso?

—Una llave.

Aubrick se quedó petrificado.

«Sí, ésta es Lisa Walters», se dijo.

—¿Una llave? —repitió.

En aquel momento, y antes de que Lisa pudiese añadir una palabra, se acercó la anfitriona.

—Perdonen un momento... Sandy, ven, quiero presentarte a una persona de la que te hablé el otro día. Nos disculpa, ¿verdad, querida?

Lisa hizo una leve inclinación de cabeza.

—Encantada, señora Shiffeth —contestó.

Amanda se había colgado posesivamente de su brazo, y mientras cruzaban el salón, Aubrick pensó que Lisa era mucho menos tonta de lo que parecía a primera vista. Quizá le gustaba pasar por tonta, supuso. A veces daba buenos resultados.

Instantes después se detuvieron ante la joven que Aubrick había visto antes hablando con el hombre del pelo blanco. Aubrick se preguntó quién podría ser aquella mujer en la que tanto interés podía tener la anfitriona.

—Dispensen —dijo Amanda—. Doctora...

La joven se volvió. Amanda continuó:

—Permítame, doctora. Éste es Sandy Aubrick, un buen amigo. Sandy, te presento a la doctora Hamsden, un genio en la cirugía estética, a pesar de su juventud.

Hubo un instante de profundísimo silencio. Aubrick miraba a Nell con fijeza casi hipnótica.

Nell le devolvió la mirada. Aubrick adivinó lo que ella pensaba en aquellos instantes. «¿Vas a desenmascaramme?».

Al fin, Aubrick se inclinó galante, tomó la mano de la muchacha

y la besó.

—Su aspecto personal, doctora, es la mejor propaganda de sus virtudes quirúrgicas —dijo.

Nell sonrió.

—Muy amable, señor Aubrick. Es usted un hombre afortunado, porque no necesitará de mis conocimientos durante, al menos, medio siglo —contestó.

Amanda soltó una risita.

—Les dejo solos a los dos —se despidió—. No te olvides, Sandy; luego tenemos que hablar.

—Por supuesto —contestó el joven, sin quitar los ojos de Nell.

CAPÍTULO V

Una doncella pasó con la bandeja y Aubrick retiró dos copas.

—Doctora... —invitó con una sonrisa.

—¿Por qué no me has delatado? —preguntó Nell en voz baja.

—¿Qué pretendes al hacerte pasar por lo que no eres? Primero, monja; ahora, doctora... ¿Cuál será tu próximo disfraz?

—Ahora no voy disfrazada, Sandy.

—No eludas la cuestión. ¿Qué te propones?

Ella suspiró.

—Ya, creo que nada —repuso.

—¿Nada?

—Hombre, tú has sido invitado a la fiesta y me conoces. ¿Qué crees que puedo hacer si tú estás aquí y no me quitas ojo de encima?

—En parte, depende de ti, Nell.

—¿De mí?

—Si me prometes portarte bien, no haré nada. Además, luego te contaré cosas muy interesantes.

—¿También se las contarás a la anfitriona?

Aubrick torció el gesto.

—La verdad es que no sé cómo salir de este maldito embrollo —confesó de mala gana.

—¿Qué te sucede, Sandy? ¿Puedo ayudarte?

—No quiero pecar de presumido, pero Amanda se ha chiflado por mí. A veces ocurre... y ella tiene, cuando menos, una docena de años más que yo. Y le sobra el dinero por los poros de su cuerpo...

—Y tú eres pobre.

—No. Gano bastante dinero. Pero no quiero... En fin, tú me comprendes, ¿verdad?

Nell lanzó una risita maliciosa.

—La verdad es que, en el lugar de Amanda, yo no te dejaría escapar —manifestó—. Encuentro perfectamente lógico que quiera conquistarte.

—A mí no me gusta esta situación —rezongó Aubrick.

—Entonces, díselo francamente.

—No puedo.

Ella arqueó las cejas.

—¿Por qué?

—Me... desagrada profundamente. En cierto modo, Amanda, aunque parece vacía de mollera, es una buena mujer. Ayuda a todo el mundo que se lo pide y es una verdadera amiga para sus amigos. Pero me temo que no tendré otro remedio que darle un disgusto.

—Tendrás que hacerlo, Sandy, no tienes otra solución, a menos que quieras convertirte en su mono amaestrado.

—Sí, tendré que hacerlo. Oye, antes has dicho que podrías ayudarme...

—Según lo que sea, Sandy.

—Bueno, tú y yo podríamos encerrarnos en una habitación y, aunque no hiciésemos nada, dejar que ella nos sorprendiese en una supuesta situación crítica...

—¿Qué me darías tú a cambio?

—Ya te lo he dicho: mi silencio.

Nell calló unos momentos.

—Deja que lo piense —contestó al cabo.

—Muy bien. La fiesta acaba de empezar. Tienes tiempo de sobra para tomar una decisión.

—¿Me amenazas?

—Sólo quiero que lo pienses bien, Nell.

—Luego te daré mi respuesta definitiva, Sandy. Ahora, perdóname...

Nell se alejó y Aubrick quedó solo en un rincón, meditando amargamente sobre la serie de complicaciones que se le habían presentado en tan poco tiempo. Por un momento, pensó en enviar todo al diablo y marcharse muy lejos de la ciudad, durante una larga temporada, pero el orgullo y el amor propio se impusieron y al cabo decidió seguir adelante.

—Hasta el fin —murmuró.

Cauteloso, aguardó con discreción a que Lisa terminase un breve diálogo con uno de los invitados, un tipo gordo, sudoroso y de ojos saltones, que devoraba a la joven con la mirada. El gordo dijo algo y ella rió complacida, pero al mismo tiempo denegó con la cabeza.

Lisa giró en redondo y casi chocó con el joven.

—Oh, perdone... No le había visto...

—La culpa ha sido mía por interponerme en su camino —sonrió Aubrick.

El gordo pasó junto a los dos, con el despecho pintado en su grasiento rostro. No podía competir con un hombre como Aubrick, alto, fornido y apuesto.

Lisa se dio cuenta y soltó una risita burlona.

—¿Sabes lo que me decía ese montón de grasa? —preguntó.

—No, pero me lo imagino. Si yo tuviese dinero, también se lo pediría, Lisa.

—Tienes algo muy valioso, Sandy.

—¿Cómo lo has sabido?

—Clapham está enterado de todo lo que pasa aquí.

—Un hombre bien informado, evidentemente. ¿Sabe también que debo entregarte la llave?

—Sí.

—¿Qué le has dicho al respecto?

—Se la entregaré a él, naturalmente.

—No me digas...

—Una copia ligeramente alterada, para que no pueda abrir...

—Abrir, ¿qué, Lisa?

—Puedes saberlo si me la entregas.

—No la tengo aquí.

—Entonces, podríamos quedar de acuerdo en encontrarnos en un sitio discreto. Tú me das la llave y yo... lo que muchos desean y cuantas veces te apetezca. Después, ya me las apañaré para que me hagan una copia alterada.

—Eso significa que no quieres entregar a Clapham lo que hay encerrado en el sitio que puede abrir esa llave.

Lisa asintió.

—Me toma por tonta, pero sé abrir los ojos y los oídos, y cerrar

la boca. ¿Lo entiendes?

—Perfectamente. ¿Me dirás también cuál era tu relación con Kasper?

—Era mi hermano —murmuró.

Aubrick respingó.

—¡Demonios! Pero, el apellido...

—Estoy divorciada. Conservo el apellido de mi ex esposo.

—Comprendo. Uno, al oírte, diría que fue Clapham el que ordenó liquidar a tu hermano. —Sí.

—¿Conoce el parentesco existente entre los dos?

—No. Nunca lo mencioné. Por desgracia para mí, me enteré demasiado tarde de lo que pensaba hacer y no pude avisarle.

—Lo siento de veras, Lisa. Pero ¿no sospechó él nada cuando se enteró de que Kasper te dejaba una llave?

—Le habíamos hecho creer que éramos antiguos amigos. Él me tenía mucho afecto y simpatía, pero sabía que no podía esperar nada. Clapham se lo creyó, naturalmente.

Y con toda seguridad sabía también que Bill Bownes era un buen amigo de tu hermano.

—Le avisé, pero dijo que sabía cuidarse.

—No supo cuidarse, Lisa. De todas formas, tendrás la llave si hacemos otra clase de intercambio.

—¿Cómo?

—Tú me dices lo que guarda esa llave y te la entregaré, sin pedirte nada a cambio.

Hubo un instante de silencio.

—Te llamaré por teléfono otro día y acordaremos... algo —dijo ella al cabo.

—Muy bien, como gustes.

Lisa se marchó. «Sí, es mucho más lista de lo que parece», pensó el joven.

De repente se acordó de que hacía mucho rato que no veía a Nell.

—¿Dónde diablos se habrá metido? —masculló.

* * *

Al final, no habían llegado a ningún acuerdo. Nell había dicho

que le daría una respuesta más tarde, pero había transcurrido una hora larga y no había vuelto a dar señales de vida.

Empezó a preocuparse. La fiesta estaba en todo su apogeo y los distintos salones de la casa ofrecían un aspecto deslumbrante.

Un cuarto de hora más tarde se convenció de que Nell no se hallaba a la vista. Pero le parecía inconcebible que se hubiese marchado en lo mejor.

Súbitamente recordó un sitio donde tal vez podía estar la muchacha. Decidido a todo subió al primer piso y buscó el gabinete particular de la anfitriona. Amanda solía encerrarse allí para contestar a su correspondencia privada. En realidad, era una estancia muy amplia, recargadamente decorada, y en la que muchas veces recibía a sus amistades íntimas.

Aubrick sabía lo que había en el gabinete y se imaginó las intenciones de Nell. Ignoraba el procedimiento empleado por la joven para convencer a la anfitriona de su pericia en la cirugía estética, pero no le cabía duda de que había sido un truco muy inteligente para introducirse en una mansión donde se podía conseguir un buen botín.

Cuando llegó ante la puerta, se detuvo un momento y escuchó atentamente. No se percibía el menor sonido, por lo que se decidió a abrir, aunque lo hizo con gran cuidado.

Miró a través de la rendija. Nell, como había supuesto, estaba allí.

Y había conseguido su objetivo.

La muchacha estaba en pie, junto a la caja fuerte abierta, situada en la pared del fondo y oculta por un cuadro que se podía hacer girar a un lado. Nell sostenía en las manos un collar de perlas, de un valor fabuloso. Aubrick se lo había visto puesto más de una vez a la anfitriona y sabía que el collar daba tres vueltas a un cuello que ya empezaba a ajarse.

Las perlas, Amanda se lo había dicho en más de una ocasión, valían una verdadera fortuna. Nell iba a dar el golpe de su vida.

—Pensaba que lo daría —murmuró, sabiendo que había llegado a tiempo de evitar un tremendo disgusto a la anfitriona.

Abrió un poco más, dispuesto a sorprender a la muchacha y entonces vio algo que le dejó helado.

A la derecha había una ventana, con el hueco hasta el suelo,

cubierta en aquellos momentos por una cortina. Una mano, provista de un revólver, asomó con gran lentitud, y el cañón del arma apuntaba directamente a la espalda de la muchacha, quien no se había dado cuenta en ningún momento del gravísimo peligro que corría.

Aubrick, por su parte, advirtió bien pronto que no tendría tiempo de llegar hasta el hombre armado. Sólo tenía una solución y estaba a su derecha, al alcance de su mano.

Amanda lloraría la pérdida del jarrón de Sévres, pero su valor era enormemente inferior al del collar. No había elección posible.

El jarrón voló por los aires y se estrelló contra la mano que sostenía el revólver, produciendo un tremendo estrépito. Nell, terriblemente sobresaltada, se volvió en el acto.

Durante algunos segundos permaneció como petrificado, contemplando la singular escena que se producía en el gabinete. Una sombra oscura cruzó la estancia y cargó contra las cortinas con espantosa violencia.

El hombre del revólver se debatió furiosamente, tratando de escapar por la ventana abierta. Aubrick le golpeó implacablemente por encima de las cortinas y oyó gruñidos y quejas de dolor, pero no cejó en sus esfuerzos, hasta notar que el intruso empezaba a debilitarse.

Entonces apartó las cortinas de un manotazo y agarró al sujeto con una mano. Con la otra le propinó un seco derechazo en el mentón y lo dejó sin sentido, junto al revólver perdido en la refriega.

Nell intentó reaccionar y corrió hacia la salida, pero Aubrick la alcanzó en dos zancadas y tiró de ella por un brazo.

—¡Vamos, aprisa! Deja el collar junto al tipo. Rápido, empiezo ya a oír voces de alarma. ¿Quieres que te lleven a la cárcel?

Ella le miró un instante, pero comprendiendo las intenciones del joven, acabó por acceder a lo que le pedían. El collar quedó junto a una de las manos del hombre sin sentido.

—Nell, tú y yo buscamos ese rincón discreto para nuestras efusiones —dijo Aubrick—. Al entrar, sorprendimos al ladrón y nos amenazó, pero yo le tiré el jarrón y conseguí desarmarle. ¿Has comprendido?

Nell hizo un gesto de aquiescencia.

—Podrías haber llegado un minuto más tarde —se quejó.

—Entonces, ya estarías muerta —contestó él.

La mirada de Nell fue hacia el revólver. Un escalofrío recorrió su espalda.

—¿Me..., me apuntaba de verdad? —dijo débilmente.

—¿Quieres que te lo jure?

Las voces se oían cada vez más cerca. Entonces, Nell hizo algo inesperado: se desmayó. Aubrick apenas si pudo llegar a tiempo de evitar la caída de la joven al suelo. Luego, con su cuerpo inerte en los brazos, se volvió hacia la puerta para enfrentarse con los invitados que acudían alarmados por el estrépito.

CAPÍTULO VI

—Siento haber dado un espectáculo —dijo Nell al día siguiente por la tarde y a través del teléfono.

—Lo hiciste muy bien. Eres una actriz consumada —respondió Aubrick.

Nell se encrespó.

—¿De modo que crees que fue un simulacro?

—¿Puedo, acaso, pensar otra cosa? Los invitados subían ya y te convenía evitar enfrentarte con ellos y con la anfitriona. Por supuesto, no te lo reprocho, aunque sí me alegro de haber evitado el robo del collar.

—Sandy, te aseguro que el desmayo fue auténtico. No pude remediarlo; cuando dijiste que el tipo iba a matarme, todo me dio vueltas y... En fin, ya conoces el resto.

—Sí, pero tú no sabes todavía algunas cosas. La policía, lógicamente, se llevó al ladrón, aunque Amanda nos está muy agradecida por haberle evitado la pérdida del collar. Pero lo curioso del caso es que el revólver no disparaba balas auténticas.

—¿No? —se asombró la joven.

—Disparaba dardos anestésicos. Lo único que el tipo quería era eliminar un competidor. Tú habrías perdido el conocimiento y él se hubiera llevado el collar y todo lo demás que había en la caja fuerte.

—Me dejas atónita, Sandy. ¿Hablas en serio?

—«Doctora», esto no es cosa de broma. ¿Por qué iban a engañarme los policías? También ellos creyeron al principio que el revólver era auténtico, y no es así; es un arma especial, como las que usan los veterinarios para dormir a los animales que han de operar o examinar sin riesgo. Por cierto, ¿te hace falta dinero?

—¡Vete al diablo! —exclamó Nell, repentinamente furiosa.

Y colgó el teléfono.

Aubrick se quedó un instante desconcertado, pero luego se echó a reír. Sentíase satisfecho de haber evitado el robo. Sin embargo, Amanda no había quedado demasiado contenta, porque no sospechaba de Nell y creía que los dos se habían refugiado en su gabinete privado para entregarse a ciertas expansiones.

De pronto, llamaron a la puerta.

No esperaba ninguna visita, por lo que se sintió intrigado. Su curiosidad se trucó en sorpresa cuando, al abrir, vio a Amanda parada en el umbral.

—¿Puedo pasar, Sandy?

Aubrick se echó a un lado.

—Estás en tu casa —respondió llanamente.

Amanda entró y se detuvo, indecisa, en el centro de la sala. Aubrick notó en ella cierta excitación, a pesar de que procuraba mantener la serenidad.

—Te veo nerviosa —adivinó—. ¿Quieres que te prepare algo de beber?

—¿Té?

—Claro. Siéntate y aguarda.

Unos minutos más tarde, Aubrick regresó con una bandeja en las manos. Amanda, observó, había consumido ya dos cigarrillos.

—A ti te pasa algo y quieres que te ayude. Si está en mi mano, lo haré —dijo, después de llenar la taza de su visitante.

—Tengo un problema, Sandy, y no sé a quién recurrir. Por supuesto, no quiero acudir a la policía. Pero sé que tú me aconsejarás...

Aubrick la observó atentamente. El nerviosismo de Amanda era harto patente.

—Habla sin miedo. Sea lo que sea, puedes estar segura de que nadie sabrá lo que se ha dicho en mi casa —manifestó.

—Está bien. Alguien quiere hacerme chantaje, con unos documentos que tenía en la caja fuerte y que me desaparecieron sin saber cómo. Me exigen doscientos mil dólares a cambio de su devolución.

—Doscientos... —Aubrick dio un salto en su asiento—. ¡Caramba, Amanda, eso es mucho dinero!

—Lo sé, y no me importarla pagar esa suma, pero sospecho que no me devolverán los documentos o, cuando menos, se quedarán copias fotográficas.

—Es muy posible. Los chantajistas no suelen cumplir nunca su palabra, y menos cuando saben que la víctima puede pagar constantemente, como en tu caso. Bien, ¿de qué tratan esos documentos?

—Sería mi ruina si se divulgase... —dijo ella, indecisa.

—Pero yo no voy a ir proclamándolo por ahí —protestó el joven—. Vamos, Amanda, suéltalo de una vez.

—Yo no lo sabía hasta hace poco. Son documentos que se relacionan con la propiedad de un famoso local. Los guardé en la caja fuerte, porque es un negocio que rinde, pero ahora resulta que es un antro...

Amanda vaciló un instante y luego añadió:

—Para decirlo con claridad, es un prostíbulo de lujo. Imagínate si se publicase la noticia en los periódicos: Amanda Shiffeth, uno de los puntales de la alta sociedad, dueña de un lupanar. ¿Te imaginas el escándalo?

Aubrick sonrió, a la vez que se retrepaba en su sillón.

—Pues mira, muchos de los que te criticarían querrían ser dueños de ese local. Por cierto, aún no me has dicho cómo se llama.

—La Botella de Oro. Tiene sala de fiestas, con espectáculo; juego, autorizado, por supuesto, y luego un motel adjunto, donde residen habitualmente una veintena de mujeres jóvenes y agraciadas. Yo pensaba que serían empleadas o sirvientas y figúrate mi sorpresa cuando supe la verdad.

—Es decir, que esas chicas viven en los *bungalows* del motel y reciben allí sus visitas...

—Exactamente, Sandy.

—Pero, bueno, ¿cómo llegó ese negocio a tus manos?

Amanda bajó los ojos.

—Era de mi difunto esposo y yo heredé todos sus bienes. El negocio tiene un administrador y yo confiaba en él, porque me rendía cuentas puntualmente y jamás me robó un centavo de los beneficios.

—Quizá amañaba los libros, aunque sí debía de ser un tipo lo suficientemente astuto para que no se notara y no pudieras

sospechar nada —dijo el joven sarcásticamente—. ¿No se te ocurrió venderlo después de la muerte de tu marido?

—¿Por qué iba a vender un negocio productivo? Pero el gerente no me dijo nunca cuál era la otra cara del asunto, y eso es lo que más me molesta de todo.

—Muy bien, Amanda. Veamos cómo está la cuestión. Te han desaparecido esos documentos y piden doscientos mil dólares por su rescate.

—En efecto, Sandy.

—¿Son los documentos de propiedad?

—Claro. Sin ellos, yo no podría probar mis derechos...

—Estás en un error. Esos documentos prueban únicamente que eres la dueña de La Botella Dorada, pero no que tengas relación alguna con lo que sucede allí. Ahora bien, nadie creería que tú no lo sabías y eso es lo que puede hacerte daño. Pero el que robó los documentos no puede hacer sino divulgar ese secreto; no puede quitarte algo que es tuyo, porque están registrados legalmente y se guardan copias en el lugar adecuado. Por ese lado, pues, puedes estar tranquila. Pero comprendo que no quieras que se divulgue el asunto y... ¿Qué plazo te ha dado para entregar el dinero?

—De momento no ha dicho nada, sino que te pide doscientos mil y que ya se pondrá en contacto conmigo para darme instrucciones. Sandy, ¿qué hago? —preguntó ella, terriblemente angustiada.

Aubrick meditó unos instantes. Luego respondió:

—Cuando te llame el chantajista, te fijará un plazo, seguramente. Dile que accedes al trato, pero que necesitarás más tiempo para reunir esa suma. ¿Entendido?

—¿Y después?

—Amanda, ¿cuándo notaste la falta de los documentos?

—Anoche, después de que se marcharon todos los invitados y realicé un examen a fondo del contenido de mi caja fuerte. Estaban en un sobre de color claro y lo veía cada vez que abría la caja. Es más, ayer saqué unos pendientes y un medallón para ponérmelos, poco antes de la fiesta, y el sobre estaba en su sitio. Seguro, Sandy.

Aubrick trató de remover todos los detalles del incidente ocurrido cuando sorprendió a Nell con el collar en las manos. ¿Se habría llevado ella el sobre?

Tal vez pensó que contenía un buen montón de billetes de banco...

—De todos modos —dijo al cabo—, no tenemos otro remedio que aguardar a la llamada del chantajista. Él te pide el dinero porque sabe que no puede quedarse con el negocio. Aunque, si yo estuviera en tu lugar, lo enviaría al demonio y dejaría que lo divulgase. Tú crees que sería tu ruina... social, pero muchos te envidiarían, créeme.

Ella torció el gesto.

—No me gusta ser una «*madame*», Sandy —contestó.

Aubrick abrió los ojos.

—¿De dónde has sacado esa expresión? —preguntó.

—Se lo oí a mi esposo hace mucho tiempo, cuando comentaba el aspecto de una amiga nuestra. Él me explicó su significado. Por cierto, ya sé quién pudo ser el ladrón. Ladrona, mejor dicho.

—¿Cómo?

—Sandy, aquella chica que se desmayó; no es doctora ni nada por el estilo. Se lo escuché a uno de mis invitados.

—¿Quién lo dijo?

—Clapham. Yo comenté algo así como: «Pobre doctora Hamsden», y Clapham, entre dientes, dijo: «Esa fulana es tan doctora como yo lama budista». Pero se marchó en seguida y ya no pude hablar más con él. Sandy, si ella no es médico, ¿por qué me engañó? ¿No lo haría para tener acceso a mi caja fuerte?

Aubrick tomó muy pronto una decisión.

—No lo creo. Ten en cuenta que entramos los dos juntos en tu gabinete y que el ladrón ya estaba allí. Para mí, esa chica es un poco fantasiosa, simplemente, tenía ganas de asistir a una de tus fiestas y se hizo pasar por una famosa doctora especialista en estética. ¿Dónde la conociste?

—En una peluquería, hace ya algunas semanas. Yo comenté ciertos aspectos de mi físico, ella habló del asunto y la conversación surgió, naturalmente. El resto, imagínatelo.

—Sí, desde luego.

—Nos vimos varias veces. Ella decía que tenía mucho trabajo y que ya me avisaría... En fin, sospecho que quería ganarse mi confianza.

—De eso no hay duda, Amanda.

—No volveré a invitarla jamás a mi casa —dijo ella rabiosamente.

—Te aconsejo que la olvides —dijo Aubrick—. Y otra cosa, ¿de qué conoces tú a Clapham?

—Bueno, hemos coincidido en otras fiestas y me pareció correcto invitarle. Es un hombre de negocios muy importante, Sandy.

—Ya —contestó el joven con sarcástico acento—. Tú no conoces la clase de negocios a los que se dedica ese tipo. Es aún menos recomendable que la ficticia doctora Hamsden.

Amanda se puso una mano en el pecho.

—Sandy, no me digas que...

—En otros tiempos se les llamaba *gangsters*. Ahora se les denomina hombres de negocios. Bueno, bien mirado, también el crimen es un negocio, Amanda. Olvídalo, insisto.

—Sí, desde luego. ¿Me ayudarás, Sandy?

—Haré lo que pueda. No sé por dónde empezar, pero intentaré el máximo esfuerzo. Vete tranquila, no te preocupes y, sobre todo, no dejes de avisarme apenas tengas noticias del chantajista.

Amanda se puso en pie. Durante unos segundos miró al joven con expresión indecisa.

Luego meneó la cabeza.

—No, no puede ser —murmuró.

—¿Cómo? —exclamó Aubrick.

—Lo vi anoche con claridad. Ya no puedo competir con jóvenes como la doctora Hamsden o comoquiera que se llame esa impostora.

—No hubo nada entre los dos, Amanda —dijo él.

—Por falta de tiempo, seguramente.

Amanda abrió el bolso y sacó un cheque, que dejó encima de la consola.

—Para los primeros gastos —indicó—. Si necesitas más dinero, dímelo sin vacilar. En cuanto me sea posible, venderé la Botella de Oro, te lo aseguro.

La visitante se marchó y Aubrick quedó solo en la estancia, pellizcándose el labio inferior con gesto preocupado.

—Menudo jaleo me ha echado encima —murmuró—. Un sobre robado, una llave que tiene dueña, un chantaje, dos asesinatos...

¿Hay alguna relación entre todos estos asuntos?

Presentía que sí, aunque se sentía incapaz por el momento de adivinar los nexos de unión entre cada caso.

Luego me preguntó por dónde debía empezar. Encontró la respuesta muy pronto, y media hora más tarde, llamaba a la puerta del apartamento donde vivía Nell Norden.

CAPÍTULO VII

La muchacha tardó en abrir un poco. Cuando lo hizo, Aubrick vio en su rostro ciertas señales de agitación.

Nell alzó las cejas.

—Eres la última persona a quien esperaba ver...

—Sí, seguro —contestó el joven sardónicamente.

De pronto, reparó en un detalle. Sacó un pañuelo y limpió el fado izquierdo de la boca de Nell.

—Se te ha corrido el carmín de los labios —dijo.

Ella se puso colorada instantáneamente.

—Habrá sido al cenar...

Los ojos de Aubrick fueron hacia el cenicero situado encima de una mesa baja. Había un cigarrillo a medio consumir, deformado. Otro humeaba todavía un poco. Ella captó el significado de la mirada de Aubrick y bajó los ojos.

—No es lo que piensas, Sandy —musitó.

—Yo no pienso nada. Iba a hablar contigo, pero creo que ya no es necesario. Bueno, que lo pases bien, Nell.

Aubrick giró en redondo y se encaminó hacia la puerta. En el mismo instante se oyó una voz de tonos burlones:

—¡Vaya, pero si está aquí el campeón mundial de lanzamiento de jarrones!

El joven se volvió de nuevo. En el umbral de la puerta del fondo, apoyado negligentemente en una jamba, había un hombre joven, de unos treinta y cinco años, sonriendo sarcásticamente.

—Cada uno es campeón en su especialidad. Usted, por ejemplo, en el lanzamiento de dardos anestésicos —contestó, rehecho de la sorpresa.

Miró a la muchacha.

—Se lo llevaron detenido anoche. ¿Cómo está ahora en tu casa?

—Yo se lo diré —exclamó el sujeto—. Nell y yo nos conocemos desde hace tiempo...

—¡Pero ya no hay ninguna relación entre los dos! —protestó ella enérgicamente.

—Por lo menos, podías hacer las presentaciones —solicitó Aubrick, cortés.

—Está bien. Babe Thatch, Sandy Aubrick —dijo Nell de mala gana.

—¿Qué tal, Sandy? —rió Thatch.

—Le han soltado muy pronto de la cárcel, amigo —dijo el joven.

—Alguien puso una fianza. He salido hace un par de horas.

—Y su primera visita ha sido para la joven a quien quiso narcotizar anoche. ¿Por qué? Thatch hizo un gesto vago.

—No quería compromisos...

—Yo diría que quería algo más: quería que Nell cargase con el robo. Pero el negocio le salió mal.

—Usted me lo estropeó con su inoportuna intervención —dijo Thatch de mal talante.

De pronto, Aubrick recordó algo: uno de los policías que acudieron a la mansión de Amanda había comentado que era muy posible que el ladrón tuviese un cómplice aguardando bajo la ventana.

Lentamente, se volvió hacia la muchacha.

—Nell, quiero hacerte una pregunta —dijo—. Piensa bien la respuesta, porque es muy importante. ¿Me has comprendido?

Ella asintió, mientras Thatch parecía sentirse alarmado.

—Habla, Sandy —dijo Nell.

—Anoche, cuando abriste la caja fuerte...

—No estaba cerrada por completo. Pensé que habría sido una distracción de la dueña, pero ello me facilitaba las cosas y no le di mayor importancia al asunto —respondió la joven.

—¿Pudiste examinar su interior con detalle?

—Creo que sí, Sandy.

—¿Viste un sobre de tamaño superior al normal, de papel fuerte y color claro?

—¡Allí no había ningún sobre! —exclamó Nell, muy sorprendida.

Aubrick sonrió.

—Entonces, ya sabemos quién abrió la caja, robó el sobre y lo lanzó inmediatamente por la ventana, porque no tenía tiempo de escapar, al entrar tú y ser sorprendido inoportunamente. ¿Verdad que lo hizo usted, Babe?

Nell tenía la boca abierta.

—¿Era importante ese sobre, Sandy?

—Espera un momento, Nell —pidió el joven—. Babe, ¿dónde está?

El rostro de Thatch expresaba una furia tremenda.

—Eso no le importa a usted...

—¿Tampoco quiere decirme quién era su cómplice?

—No comprendo nada de lo que pasa —manifestó Nell—. ¿Por qué no te explicas un poco mejor, Sandy?

—¿Por qué no se explica tu amigo? —respondió el joven.

Repentinamente, Thatch echó a correr hacia la puerta. Aubrick intentó cortarle el paso, pero, pillado por sorpresa y a contrapié, resultó derribado al suelo, en donde se quedó, momentáneamente aturdido y sin capacidad de reacción.

Nell lanzó un grito de susto. Thatch se precipitó fuera del apartamento, cerrando de un portazo.

Ella se arrodilló junto a Aubrick.

—Sandy, deja que te explique...

El joven se incorporó.

—No necesitas explicarme nada —contestó de mal talante—. Ya me las arreglaré como pueda.

Maquinalmente, se compuso un poco las ropas desordenadas en la caída y dirigió a la muchacha una colérica mirada.

—Había empezado a pensar bien de ti, a pesar de lo que sucedió anoche, pero me ha defraudado por completo. Lo mejor será que no volvamos a vernos más en la vida. Puedes seguir robando collares de perlas o lo que mejor te parezca, pero ya sabes lo que te espera cuando un policía te ponga las manos encima.

Nell abrió la boca para decir algo, pero no tuvo tiempo de emitir una sola palabra.

En la calle sonó un disparo.

Aubrick, alarmado, volvió la vista hacia la ventana más próxima. Cuando saltaba hacia ella, sonaron varios disparos más.

En la acera, un hombre se tambaleaba violentamente, mientras que un coche negro y largo se alejaba a toda velocidad. Cuando el hombre se desplomó al suelo, Aubrick tuvo la seguridad de que los días de Babe Thatch habían llegado a su fin.

* * *

Nell se sentía terriblemente impresionada por lo ocurrido. Por su parte, Aubrick tenía ciertos remordimientos por la violenta filípica que le había dirigido unos momentos antes. Vio botellas y copas en una consola y puso algo de licor en una de ellas.

—Lamento lo que te dije antes —se disculpó, al poner la copa en sus manos—. Aunque, de todos modos, reconocerás que no dejo de tener algo de razón.

Nell hizo un gesto de aquiescencia. Al cabo de unos momentos levantó la vista con expresión suplicante.

—Nunca hubo nada entre los dos, aunque Babe quería en ocasiones arrogarse ciertos derechos. En verdad, hoy me besó al llegar, pero no le dejé pasar adelante —declaró con voz un tanto insegura.

—No puedo reprocharte nada en ese sentido. Eres una mujer libre de actuar como mejor te parezca. Pero, dime, ¿qué clase de relaciones os unían?

—Nos conocíamos hace tiempo. El mariposeaba siempre a mí alrededor, aunque yo ignoraba la clase de vida que llevaba.

—Anoche le reconociste y, sin embargo, no quisiste declararlo.

—¿Lo hubieras hecho tú, en mi lugar?

—No puedo darte una respuesta, porque no acostumbro a robar collares de perlas.

—¿Por qué no lo hizo él? Lo tenía al alcance de sus manos...

—Un collar robado le habría comprometido mucho y él buscaba solamente el sobre que lanzó al cómplice que aguardaba al pie de la ventana. Cuando te vio a ti, pensé que era una ocasión estupenda para hacerte cargar con el muerto.

—Si, creo que es cierto. —Nell se pasó una mano por la frente—. Sandy, me siento muy confusa...

—Lo comprendo. Una cosa puedes tener por segura: Amanda ya sabe que no eres la doctora Hamsden.

—¿Quién se lo dijo? —preguntó ella vivamente.

—Un hombre que, según parece, te conoce: Rube Clapham.

—Clapham —repitió Nell pensativamente—. Sí, nos conocemos.

—¿De veras?

—Hace algún tiempo quiso llevarme a su casa. Yo me imaginé lo que pretendía y me negué.

«Alguien ocupó ese puesto», pensó Aubrick, recordando a Lisa Walters, cuya llave guardaba él en lugar seguro.

—Tengo que hacerte una pregunta —dijo él, pasados unos segundos.

—Sí, Sandy, lo que quieras —respondió Nell con insospechada mansedumbre.

—Ahora ya tenemos la seguridad de que Thatch no fue solo a casa de Amanda. ¿Tienes alguna idea de quién puede ser el cómplice que recogió el sobre que le tiraron desde la ventana?

Nell meditó unos segundos.

—Sólo puede ser uno: Barney Arms, pero ignoro dónde encontrarlo.

—Estoy casi seguro de que esos tipos no actuaron por propia iniciativa. Alguien les encomendó robar el sobre, créeme.

—Pero ¿qué contiene ese sobre? ¿Es algo muy importante?

—Según se mire, sí. Son los documentos de propiedad de La Botella de Oro.

Nell le miró con ojos de incredulidad.

—¿Te refieres a..., a ese antro?

—Lo conoces, ¿verdad?

—Hace unos pocos meses me propusieron alquilar un *bungalow*. Era un precio muy razonable y está en un sitio encantador. A las veinticuatro horas ya me había enterado de lo que pretendían de mí. Dije que sí, que me enviasen el primer cliente, pero mientras éste llamaba a la puerta delantera, yo me largaba por la trasera, con la maleta en la mano. ¿De quién es ese prostíbulo?

—Sorpréndete, Nell. Pertenece a Amanda Shiffeth.

—¡Atiza! Vayas noticia si se divulgase...

—Eso es lo que ella no quiere, precisamente.

—Unos documentos de propiedad robados no significan nada. Siempre quedan copias en algún lugar oficial.

—Eso ya lo sabemos. Pero Amanda se vería desprestigiada si se

hiciese público algo que todos desconocíamos hasta ahora, incluso ella misma. Jamás se detuvo a pensar qué clase de negocio era el que heredó de su misión.

—Bueno, habría que hablar con Arms, para que nos dijera...

Aubrick sonrió.

—Has hablado en plural —dijo.

—Bueno, si quieres que te ayude... Aunque no debería hacerlo; me estropeaste anoche un buen negocio.

—Te ahorraré unos cuantos años de cárcel —dijo Aubrick ásperamente.

—A Amanda le sobra el dinero.

—Sí, claro, quitarle el dinero a un rico para dárselo a un pobre. Pero no temas, no te preguntaré por qué no te buscas un trabajo decente. Eso es cosa tuya, Nell.

—Tienes razón, será mejor que no discutamos ese asunto. Sigamos hablando de Arms. Tú quieres encontrarlo, ¿verdad?

Aubrick meditó unos instantes.

—Con tal de que otro no lo encuentre antes que yo...

—¿Quién, Sandy? —preguntó ella, intrigada.

—Evin Purdue.

Nell se persignó.

—El Señor nos libre de tener un tropiezo con ese sanguinario individuo —murmuró.

—A mí me gustaría encontrármelo cara a cara. Le diría unas cuantas cosas y no precisamente agradables.

Aubrick se acercó a la ventana. Una ambulancia se llevaba ya el cadáver de Thatcher. Los curiosos eran cada vez más escasos.

—Nell...

—Dime, Sandy.

—Hemos pasado un mal trago —recordó él—. Estoy seguro de que no te sientes con ganas de salir.

—¿Adónde?

—Simplemente, a cenar. Después podemos dar un paseo por el parque y así acabarás de relajarte y dormirás bien el resto de la noche.

Nell sonrió.

—Eres un chico encantador —dijo—. ¿Cuándo te casas, Sandy?

—No tengo novia.

—Amanda...

Aubrick hizo un gesto negativo.

—Me lo ha dicho hoy claramente. Nos vio anoche juntos y entonces comprendió que hay cosas imposibles de conseguir.

—Pero yo estaba desmayada en tus brazos.

—Eso no te puso quince años encima —sonrió él—. Anda, cámbiate de ropa y vamos a cenar.

—Después de haber visto muerto a Thatch no sé si conseguiré probar bocado —se lamentó la muchacha.

—Entonces piensa en que era un tipo que tenía que acabar de mala manera —contestó él con dureza—. Ha sido el fin lógico para un canalla, no le des más vueltas.

CAPÍTULO VIII

Aubrick utilizó el teléfono a la mañana siguiente, más bien cerca del mediodía. Sin embargo, la persona que me contestó se quejó de que la hubiese despertado tan temprano.

—Cualquiera diría que te has pasado la noche bien acompañada —dijo él, sarcásticamente.

—En mi cama no había nadie más que yo —contestó Rita, enojada.

—Porque quieres. No te faltarían acompañantes, si te lo propusieras.

—Tú el primero, ¿verdad?

—¿Quieres que vaya ahora mismo? Estaría en un cuarto de hora y llegaría a tiempo de frotarte la espalda, en el baño...

—Gracias, pero no necesito ayuda en esos menesteres. Bueno, cuéntame, ¿qué tripa se te ha roto?

—Barney Arms.

Hubo un momento de silencio. Aubrick supuso que Rita estaba realizando una profunda inspiración antes de dar la respuesta deseada.

—¿Tienes interés en él? —preguntó al cabo.

—No le voy a hablar del tiempo —dijo Aubrick mordazmente—. ¿Puedes o no puedes decírmelo?

—Está bien, pero no respondo...

—No te preocupes. Además, si no ha habido nada entre tú y yo, ¿qué puede importarte lo que me pase?

—Eres un ser humano, Sandy.

—Déjate ahora de filosofías. Demasiado lo sé, pero ahora lo que me interesa es hablar con Arms. Es decir, si me indicas su dirección, a menos que motivos inconfesables te obliguen a callar.

—¡Eso no, por Dios! —protestó Rita con gran vehemencia—. Sólo que me has caído simpático y no querría que te sucediera nada.

—Por lo visto, Arms es un tipo de cuidado.

—Bastante, Sandy.

—¿Más que Purdue?

—Son distintos, aunque tan malos el uno como el otro. Purdue es más frío, pero si Arms se calienta, se convierte en una verdadera fiera.

—Bueno, ya le quitaré un poco sus ardores. Y si tanto te preocupas, te llamaré en cuanto haya terminado de hablar con él para que estés tranquila.

—Te lo agradeceré, Sandy.

O iré a verte en persona y comprobar si es cierto o no que te he caído simpático. Pero si voy a verte será cuando hayas cerrado el local.

—De cuerdo.

—No te desdigas más tarde, Rita.

—Cuando prometo algo, lo cumplo.

—Perfectamente. Ahora, suéltalo ya. ¿Dónde puedo encontrar a Barney Arms?

—Tiene un cuartito encima del salón de billares de Torrie Matson, en la calle Novena, pero él entra por la puertecita que hay en el callejón del lado sur.

—Gracias, será suficiente. Luego te contaré el resultado de la entrevista... a solas, naturalmente.

—A solas, Sandy.

Aubrick cogió el teléfono y se dispuso a salir. Arms, calculó, sería un pájaro de vida nocturna y, si se daba prisa, aún podría sorprenderle en la cama.

Inmediatamente se dirigió hacia la puerta. Abrió y un dedo estuvo a punto de clavársele en su estómago.

—¡Nell! ¿Qué haces aquí a estas horas? —exclamó, asombrado.

Ella remoloneó un poco.

—Tenía ganas de charlar un poco contigo. He pasado mala noche y...

—Pesadillas, supongo.

—Más bien insomnio, aunque si he tenido pesadillas en los

pocos momentos en que he dormido. Pero también he reflexionado mucho y quería conversar contigo, en una palabra.

—Nell, lo siento mucho, pero esa conversación va a tener que esperar a otro momento. Aunque... también podríamos hablar durante el trayecto, si me acompañas, por supuesto.

—¿Adónde vas? —preguntó ella, curiosa.

—Sé dónde vive el tipo que recogió el sobre robado de la caja fuerte de Amanda Shiffeth. ¿Te gustaría tomar parte en la conversación?

—Por supuesto —exclamó Nell.

Aubrick la agarró por un brazo y la empujó hacia el ascensor.

—Entonces, vamos y no perdamos más tiempo —dijo firmemente.

* * *

—Empiezo a pensar que esta vida no tiene sentido —dijo Nell, momentos más tarde, con la cabeza apoyada en el respaldo del asiento.

—¿Qué vida? ¿La tuya o la de los demás? —inquirió Aubrick.

—La mía, claro. Siempre a salto de mata..., aunque, por otra parte, tampoco me puedo quejar. He sacado lo suficiente para vivir bien...

—A costa de los otros, claro.

—¿Tú crees, por ejemplo, que Amanda habría perdido gran cosa si se hubiese quedado sin su collar? ¿De dónde te crees que procedían los diez mil dólares que lleva Kasper en su billetera? No le quitó su dinero o sus joyas a un obrero precisamente.

—Pero tampoco le das el dinero que robas a un rico —contestó él, sarcásticamente—. Nunca se me ocurrió, lo admito.

—Está bien. Hablábamos de que tu vida no tiene sentido. Eso significa, creo, que piensas cambiar.

—Me gustaría, pero...

—Oye, no me digas que no puedes cambiar, porque no te creería. Todo es cuestión de esforzarse. Si aprendiste a utilizar tus dedos hábilmente para ciertos menesteres, también podrías aprender a utilizarlos honradamente.

—Lo he pensado en más de una ocasión...

—¿Eres cleptómana? ¿Robar por vicio?

—No, en absoluto.

—Nell, no creo en la triste historia que me contaste el día en que nos conocimos. Pero es evidente que algo te empujó a robar. ¿Qué fue? ¿No puedes contármelo?

Ella suspiró fuertemente.

—Sí —repuso—. Y ahora sé sincera. Mi padre murió cuando yo tenía quince años. Mamá volvió a casarse dos más tarde. Hizo una buena boda, todo es preciso decirlo, pero su marido empezó a poner los ojos en mí. Ya puedes imaginar lo que pretendía.

—Sí, me lo imagino. ¿Y...?

—Bueno, las cosas llegaron a un extremo que no me quedó más remedio que marcharme de casa. Dejé una nota a mi madre... y a él le vacié una billetera que tenía con cinco mil dólares. Eso me sirvió para pasar una temporada, pero no encontraba trabajo si no hacía demasiadas concesiones y no estaba dispuesta a ceder. Un día, un hombre ya maduro me propuso acompañarle en un golpe; necesitaba una chica agraciada, que distrajera la atención mientras él operaba... La cosa salió bien... y ahí empezó mi carrera. El resto, te lo puedes figurar fácilmente, Sandy.

—Y ese tipo fue tu «profesor».

—Sí, me enseñó una cantidad enorme de trucos del oficio. Murió el año pasado.

—Y ahora, tú estás decidida a llevar otra clase de vida.

—¿Te gustaría, Sandy?

—No me desagradaría, en efecto, pero ¿qué otra clase de trabajo sabes hacer?

—No puedo contestarte. Nunca he trabajado. Sólo estudié hasta concluir la secundaria.

—Nell, por el momento, olvida ese problema. Ahora tenemos otro más importante, aunque se me está ocurriendo una idea.

—¿Si, Sandy?

—Voy a nombrarte mi ayudante. Con un sueldo fijo, por supuesto.

—¿Qué he de hacer? —preguntó ella entusiastamente.

—Por el momento, acompañarme... y obedecer mis indicaciones, ¿entendido? Aunque quizá yo pueda aprovechar tú... experiencia en determinados asuntos. Tu profesor, supongo, te

enseñó a abrir cajas de caudales.

—Sí, aunque no soy tan buena como él.

—Es que no te aseguro que vaya a utilizar tu experiencia necesariamente. Sólo era una hipótesis. Pero, por el momento, vamos a concentrarnos en Barney Arms, el compinche de Thatch.

Nell se estremeció.

—Si alguien más sabe que Arms y Thatch trabajan juntos, el primero corre peligro —dijo.

—Es muy posible, pero eso es ya asunto suyo y no nuestro —contestó el joven fríamente—. A nosotros lo que nos importa es averiguar dónde está el sobre que se llevaron de la casa de Amanda.

* * *

Aubrick estacionó su coche a cierta distancia del salón de billares, aunque no demasiado lejos. Luego, con la muchacha del brazo, caminaron juntos, con aire natural, hasta el callejón del lado sur.

Pronto encontraron la puertecita indicada por Rita. No hubo dificultades para abrir y entraron en el edificio, ascendiendo inmediatamente por una escalera cuyo arranque se encontraba a dos pasos de la puerta.

Instantes después alcanzaban el primer piso. Había un pequeño corredor, al final del cual se veían dos puertas. Una estaba abierta y daba a un cuarto donde no había más que algunos trastos viejos.

La otra estaba cerrada por dentro. Aubrick intentó abrir, pero no pudo.

—Déjame a mí —susurró Nell.

Abrió su bolso y sacó un manajo de ganzúas, probando dos o tres, hasta dar con la que hizo funcionar la cerradura. Aubrick la apartó a un lado en el acto y asomó la cabeza.

Tal como había supuesto, Arms estaba durmiendo en un cuarto cerrado, que apestaba a alcohol. Tenía un brazo fuera del camastro y la boca abierta, roncando sonoramente. —Un espectáculo poco agradable— comentó él.

—Nauseabundo —calificó Nell.

—Muy bien, vamos a ver si despertamos.

—Aguarde un momento.

Aubrick miró a la muchacha, intrigada. Ella se fue hacia una chaqueta que colgaba de un clavo fijado en la pared y la registró rápidamente, lo mismo que los pantalones tirados de cualquier modo encima de una silla.

Momentos después le enseñaba un grueso rollo de billetes.

—Lo menos hay dos mil —dijo.

—Quédatelos —indicó el joven—. Esta vez no tienes por qué sentir remordimientos. —Ninguno, desde luego— rió ella.

Entonces, Aubrick vio un lavabo situado en el otro extremo. Al lado había una jarra y la llenó de agua, que arrojó de inmediato sobre el rostro del hampón.

Arms despertó sobresaltado, tosiendo y espurreando agua, sin saber todavía muy bien lo que le había sucedido. Aubrick tuvo tiempo de sobra para llenar la jarra por segunda vez y vaciársela de nuevo, ahora sobre su cabeza, ya que se había sentado en la cama después del primer remojón.

—Pero ¿qué pasa? —chilló el sujeto—. ¿Por qué diablos me hace esto?

Aubrick se volvió hacia la muchacha.

—Nell, ¿te asustarías si ves a un hombre en paños menores?

—Eso ya no impresiona hoy en día —contestó ella riendo.

—Muy bien; entonces...

Inesperadamente, Aubrick agarró al hampón por los pelos y lo hizo saltar del camastro. Arms chillaba estridentemente, pero el joven no se dejó impresionar por sus protestas. Cuando lo tuvo en pie, soltó su cabeza y disparó un seco puñetazo a un hígado que, calculó, debía estar aún saturado de alcohol.

Arms resopló y se curvó sobre sí mismo, con un rictus de agonía en los labios. Aubrick no le dejó recuperarse y, obligándole a ponerse derecho, le asestó un seco golpe en el mentón, que lo tiró de espaldas sobre la cama.

Arms cayó aturdido, aunque no había perdido el sentido por completo. Aubrick hizo un gesto con la mano.

—Nell, más agua —pidió.

—Sí, Sandy, ahora mismo.

Arms sacudió la cabeza al recibir un nuevo remojón. Luego, tendido como estaba, miró al joven con ojos aprensivos.

—¿Qué es lo que pretenden? —inquirió.

—Hace dos noches fuiste a una casa, con Babe Thatch. Babe te tiró un sobre. ¿Dónde está?

Hubo un instante de silencio. Arms miraba alternativamente a la pareja, con una expresión muy cercana al pánico.

—Me pagaron. Bueno, nos pagaron...

—Pero tú te quedaste con el dinero de los dos.

—A Thatch ya no le hace falta —rezongó el hampón.

—Muy cierto —convino Aubrick—. Te diste cuenta de que lo iban a detener y escapaste de la casa. ¿Qué hiciste a continuación?

—Había un coche aguardando a media milla. Me detuve y entregué el sobre, eso es todo.

—¿A quién?

Arms vaciló un momento.

—Te dieron dos mil dólares. Los tenemos nosotros. ¿Quieres perderlos?

El sujeto lanzó una obscena exclamación.

—¡Maldita sea! —barbotó—. Era Evin Purdue.

—Gracias. Vámonos, Nell.

—¡Eh! —chilló Arms—. Mi dinero.

Nell le tiró los billetes por la cara.

—Gástate unos dólares en flores para tu socio —dijo.

Cuando llegaron a la calle, Nell respiró a pleno pulmón.

—Nunca había estado en una pocilga —dijo.

—Las pocilgas actuales están mucho más limpias —contestó él sarcásticamente—. Bueno, ya sabemos quién tiene el sobre —añadió.

—¿Irás a verle?

—Tengo una cuenta que ajustar con él, aunque estoy seguro de que el sobre pasó a poder de Clapham. Habré de averiguar dónde lo guarda.

—¿Quién te lo dirá?

Aubrick sonrió enigmáticamente.

—Una persona muy bien enterada de algunas cosas —dijo, pensando en Rita Cádiz.

—¿Puedo saber quién es?

—No hagas preguntas ociosas. ¿Dónde quieres almorzar?

—No tengo apetito...

—Tienes que comer, Nell. Nunca me han gustado las mujeres

flacas.

—Me parece que no estoy como dices —protestó ella.

—Pero si no comes, te convertirás en una escoba con faldas y eso me desagradaría profundamente. Después te dejaré en casa y... ya sabrás el resto mañana.

—Muy bien, supongo que no me queda otro remedio que obedecerte. ¿Por qué has de ser así, Sandy?

—Por la muy simple razón de que, cuando todo esto haya terminado, pienso darte empleo.

—¿Trabajo?

—Sí, exactamente.

—¿Qué clase de trabajo, Sandy?

—Ya lo sabrás en su momento. Pero, sinceramente, creo que sabrás hacerlo. No te preocupes por ahora, Nell.

—Antes me dijiste que me contratabas como ayudante.

—Sólo de una forma eventual. El otro empleo será fijo, espero.

Nell se arrellanó en el asiento.

—Si merece la pena...

—Creo que sí —respondió él con aire negligente—. Merecerá la pena, puedes estar segura.

CAPÍTULO IX

Llegó por la tarde a su casa, para cambiarse de ropa, pero apenas se había quitado la chaqueta oyó que llamaban a la puerta. En mangas de camisa fue a abrir y, al hacerlo, vio sorprendido a una mujer parada ante el umbral.

Parecía joven, pero vestía ropas muy discretas y holgadas y, además, llevaba puestas unas grandes gafas de color que ocultaban su rostro casi por completo. A Aubrick le pareció conocida, aunque no podía recordar dónde la había visto.

—¿Puedo pasar? —preguntó ella, a la vez que se quitaba las gafas.

Aubrick contuvo el aliento y se echó a un lado.

—Estás desconocida —dijo.

—Me convenía la discreción —explicó Lisa Walters.

—Comprendo. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias. Sólo quiero una cosa.

—Ah, sí, la llave... ¿Qué puerta abre, Lisa?

—Perdona, pero no puedo decírtelo...

—Entonces lo siento, pero no puedo dártela.

—No te pertenece, Sandy.

—Lo sé, pero la tengo y eso me da ciertos derechos. Sobre todo el de saber qué puerta abrirá.

Lisa sonrió súbitamente. Dejó a un lado el bolso que llevaba en la mano y luego, con gesto rápido, se quitó una especie de chaqueta muy holgada y de tela ligera que llevaba puesta. Debajo había un vestido sin hombreras, con un escote que apenas cubría el pomposo busto.

Con la mano derecha, Lisa se bajó un poco más el escote.

El borde superior de un vértice de color rosado apareció a la

vista.

—No tengo ninguna prisa —dijo, insinuante.

Aubrick no se inmutó. Acercándose al diván, recogió la chaqueta y el bolso y lo puso en manos de su dueña.

—Lisa, tú has venido aquí dispuesta a todo con tal de conseguir la llave —dijo—. Piensas que voy a ceder a tus encantos, y que más tarde habrá momentos íntimos en que yo soltaré la lengua. Lo lamento, te has equivocado.

Ella le miró con desprecio.

—¿Eres «gay»?

—No; pero no suelo caer fácilmente en ciertas trampas. Cuando estés dispuesta a decirme qué abre esa llave la tendrás, no antes.

—Muy bien, como quieras.

Lisa parecía haberse resignado. Tranquilamente, se puso la chaqueta y luego, de forma inesperada, abrió su bolso y sacó un pequeño revólver, con el que encañonó al joven. —Hay otros métodos para conseguir lo que una desea— dijo.

—¿Dispararás si me niego a entregarte la llave?

—Puedes estar seguro de que apretaré el gatillo —respondió Lisa con acento lleno de furia.

—Un disparo haría ruido —advirtió él.

—Diría más tarde que lo hice para... defender mi virtud.

—Es posible que te creyeran, pero ¿encontrarías la llave?

Lisa respingó.

—¿Por qué diablos no me entregas la llave? —gritó despechada, a la vez que daba un fuerte taconazo en el suelo.

—¿Por qué diablos no me dices qué abre esa llave? —Remedó él.

Bruscamente, movió la mano con fuerza y golpeó la de Lisa. El revólver saltó por los aires.

Ella gritó y trató de arañarle. Aubrick se dijo que debía dejar de lado toda galantería y le golpeó el estómago, aunque sin demasiada fuerza.

Lisa quedó sentada en el suelo, con los ojos llenos de lágrimas.

—Lo siento, guapa, pero no había otro remedio —dijo él.

Hubo unos momentos de silencio. Luego Aubrick la ayudó a ponerse en pie y le devolvió el bolso.

—Cuando estés decidida a hablar, ven a verme, pero, te lo

advierto, yo te acompañaré para comprobar que me has dicho la verdad.

Lisa se marchó sin pronunciar una sola palabra. Aubrick quedó unos momentos pensativo, hondamente preocupado por las negativas de la joven. Pasado un rato, se encogió de hombros y fue a su dormitorio para cambiarse de ropa.

* * *

Cerca de la medianoche Aubrick entró en el apartamento privado de Rita Cádiz. Ella vestía un aparatoso peinador de muchos velos, de color negro, y debajo las prendas íntimas, que se transparentaban a través de los ropajes.

Aubrick sonrió al verla.

—Parece que has cambiado de opinión —dijo.

—A veces, las circunstancias...

Aubrick se acercó a ella y pasó la mano en torno a su cintura.

—Me parece que ha llegado el momento de...

—¿De qué, Sandy? —preguntó Rita ardientemente.

—De no decir nada —contestó él, mientras inclinaba la cabeza para mordisquearle una oreja.

Rita suspiró hondamente. Luego pasó sus brazos en torno al cuello del joven y buscó su boca con cálido apasionamiento.

Mucho más tarde, Aubrick abandonó la cama y empezó a vestirse.

—Me has dicho muchas cosas interesantes y no sé cómo darte las gracias —sonrió—. Puedes volver otro día —sugirió ella.

—Tal vez.

Aubrick empezó a vestirse. De pronto, Rita vio que se le caía al suelo un objeto metálico y brillante.

—Eh, que pierdes la llave de tu casa —advirtió.

El joven se inclinó y recobró la llave, que hizo saltar en la palma de la mano.

—No es la de mi casa. La tenía Kasper y debo entregársela a cierta persona, pero no quiero hacerlo sin que me diga qué puerta abre esta llave —contestó.

—Quizá la caja fuerte de alquiler en un banco...

—No, no tiene números. Abre algo y no sé qué es, y daría algo

bueno por saberlo.

—¡Espera un momento!

Aubrick se volvió, mientras ella se sentaba en la cama, sin importarle mostrar sus hermosos senos.

—Déjame la llave un momento —pidió.

Aubrick se la entregó. Rita la contempló durante unos momentos y luego la tiró al aire. —No conseguirás gran cosa, salvo desconectar un sistema de alarma— dijo.

El joven alzó las cejas.

—¿Sí? ¿Cómo lo sabes?

Rita sonrió maliciosamente.

—Me lo explicó el constructor. Es un sistema muy especial, no de serie. Podrás desconectar las alarmas, siempre que uses la llave correctamente.

—A ver, dímelo todo, por favor.

—La cerradura está a la entrada del despacho privado de Chapham, oculta por una puertecita de unos treinta centímetros de lado, que no se distingue de la pared. A cinco centímetros de la jamba derecha hay un resorte invisible, situado a cosa de metro y medio del suelo. El resorte abre la pequeña puerta y la caja de las alarmas queda al descubierto.

—Y entonces, se usa la llave y se desconectan las alarmas.

—No tengas tanta prisa. Tienes que girar primero media vuelta a la derecha y luego en sentido inverso, cuando oigas un «click».

—O sea, a la izquierda.

—Sí. Dos veces a la izquierda, dos más a la derecha y finalizar a la izquierda. Si no lo haces así, perderás el tiempo.

—Una derecha, dos izquierda, dos derecha y acabar con una a la izquierda —memorizó el joven—. ¿Y el despacho de Chapham está...?

—Sorpréndete: en La Botella de Oro.

Aubrick silbó.

—Eso explica algunas cosas —dijo. De nuevo hizo saltar la llave en la palma de la mano—. Rita, nunca podré pagarte este favor —agregó sonriendo.

—Como dije no sé cuándo, me has caído simpático...

—No cabe duda —rió él.

Fue hacia la puerta y se volvió.

—El constructor de ese ingenioso mecanismo es amigo tuyo —dijo.

—Era —contestó Rita, bruscamente seria.

—¿Qué le pasó?

—Trabaja bien, pero tenía un vicio.

—Drogas.

—Hablabla demasiado.

—Comprendo. Sin duda, amenazó con revelar el secreto, descontento por algo...

—Decía que le habían pagado poco y quería más.

—Debió haberse contentado con lo que le pagaban primeramente. Era dinero, no plomo —se despidió el joven.

Momentos más tarde estaba en la calle.

Consultó su reloj. Ya habían dado las cuatro de la mañana y pensó que podría dormir luego todo lo que quisiera. Sin prisas, se encaminó hacia su coche, pero apenas había caminado unos metros alguien le cortó el paso.

El sujeto empuñaba una pistola, que apoyó en el estómago de Aubrick.

—Pensaba que no iba a salir nunca —dijo.

Aubrick le miró fijamente.

—Y yo pensaba que nunca nos veríamos las caras, Evin Purdue —contestó.

—Pues ya ve, estamos viéndonos.

Alguien siseó suavemente desde un coche largo y negro, situado a poca distancia.

—Están metiéndonos prisa —añadió Purdue—. Por favor, señor Aubrick —indicó, cortés, con la mano izquierda.

—No puedo decir que sea un placer —masculló el joven, a la vez que echaba a andar hacia el automóvil negro.

Había dado un par de pasos cuando, de repente, presintió el peligro. Pero reaccionó tardíamente y no pudo eludir el golpe que le propinó Purdue con el cañón de su pistola.

* * *

Cuando se sintió mejor, porque no había perdido del todo el conocimiento, se pasó una mano por la parte posterior del cráneo.

Purdue, a su derecha, dijo:

—No le di demasiado fuerte, Sandy.

—A mí me parece que me ha caído encima una tonelada de ladrillos. ¿Qué piensan hacer conmigo?

—Primero nos dirá algunas cosas. Luego...

Purdue hizo un gesto con la mano. Aubrick comprendió en seguida.

—Luego adiós para siempre.

—Exacto.

—Y para interrogarme me llevan a un lugar apartado, donde nadie pueda vernos ni oír nada.

—Eso es.

—¿Cómo piensan obligarme a hablar?

—Sam, el conductor, es un tipo muy persuasivo. Siempre convence a la gente para que hable.

Aubrick miró hacia adelante. Sam era un tipo enorme, que debía de pesar al menos ciento diez kilos.

—Le gusta usar los puños, ¿eh?

—Pero tiene los nudillos muy sensibles y por eso utiliza unos de acero.

—Una precaución excelente. ¿Falta y mucho para llegar, Evin?

—No tengas prisa, Sandy. Todo sucederá como debe ser.

Aubrick guardó silencio, mientras pensaba furiosamente en la mejor forma de salir indemne del mal paso en que se hallaba metido. Purdue estaba a su derecha y le encañonaba constantemente con el arma que mantenía en su mano con granítica firmeza.

Aunque Sam utilizase nudillos de acero, estaba seguro de derrotarle. Pero la pistola era una amenaza que no cesaba un momento y era lo primero que debía eliminar, si quería salir adelante.

De súbito se oyó un ruido extraño en la parte trasera del coche.

—¿Qué diablos es eso? —gritó Purdue.

Sam aplicó el freno.

—No lo sé —contestó—. Parece como si se hubiera desprendido alguna pieza de la zaga...

—Es un coche casi nuevo —dijo el pistolero malhumoradamente.

—Todas las obras humanas tienen sus fallos —repuso Sam con aire filosófico—. No te preocupes; pronto estará resuelto el problema.

El coche se paró a los pocos momentos. Sam se apeó y caminó hacia la trasera, mientras Purdue se volvía para mirar a través de la luneta posterior.

Sam se acercó al maletero. La tapa se levantó repentinamente. Una mano asomó, armada con una pesada llave inglesa. Sam aulló al recibir un tremendo golpe en la nariz, y retrocedió tambaleándose, presa de un dolor realmente insufrible.

Purdue lanzó una maldición y se volvió hacia la portezuela, olvidándose por un momento de su prisionero. Aubrick se dijo que no debía desaprovechar la ocasión y pateó con verdadera furia el costado del pistolero.

Purdue aulló al sentirse catapultado fuera del automóvil, de una forma que no había esperado en absoluto. Aubrick se dijo que no debía permitirle reaccionar y se lanzó fuera del coche.

El pistolero rodó por tierra. Aubrick cayó sobre él como un vendaval y empezó a golpearle sañudamente.

Aunque durante todo el tiempo había mostrado calma, era sólo una actitud externa y ahora trataba de desquitarse del miedo que había pasado durante el trayecto. Casi perdió la noción de las cosas hasta que, de pronto, sintió una mano que se cerraba sobre su brazo.

—¡Sandy! ¡Vas a matarlo! —gritó Nell.

Aubrick volvió la cabeza y la miró con ojos extraviados. Purdue yacía en el suelo, con la cara completamente ensangrentada. Un poco más allá, se divisaba un segundo cuerpo inanimado.

Al cabo de unos momentos, Aubrick recobró la cordura y se pasó una mano por la frente.

—Perdona, estaba medio loco...

—Será mejor que volvamos a casa —propuso la muchacha.

CAPÍTULO X

—Cualquier cosa habría esperado menos verte aquí y a estas horas
—dijo Aubrick momentos más tarde, cuando ya regresaban en el coche de los hampones.

Nell era la conductora. Aubrick no se sentía con ánimos de empuñar el volante. —Entonces, quieres que te explique lo que ha pasado— dijo ella.

—Me gustaría, Nell.

—Muy bien. Tú fuiste al Bacchus.

—¿Cómo lo sabes?

—Te vi entrar allí, al filo de la medianoche.

—¿Me espiabas? —Sospeché él.

—Oh, no; simplemente había ido a ver a un tal Alfie Maddox. Necesitaba ciertos informes.

—¿Quién es Alfie? ¿Algún... amigo?

—Sí, pero de mi «profesor». Entiendes, supongo.

—Desde luego. ¿Te dijo algo interesante?

—Eran datos sobre Clapham. Sabe muchas cosas y me apreciaba enormemente. Lo que sucede es que no me había acordado de él hasta ahora y decidí ir a verle. Me dijeron que lo encontraría en el Bacchus y así fue. Cuando ya me marchaba, llegaste tú y decidí esperar a que salieras del local. Tardaste casi cuatro horas.

—Bueno, no tenía ninguna prisa... También a mí me dijeron muchas cosas.

—¿La dueña?

—Sí.

—Es una mujer muy guapa.

—No se puede negar, Nell.

—Y, supongo, la conversación se suspendió en ocasiones.

—¿Te molesta?

—Oh, en absoluto. Cada uno es libre de pasar el rato como mejor le parezca.

Aubrick captó cierto resquemor en la respuesta de la joven y, aunque por una parte le gustó adivinar una punta de celos, por otra le desagradaba profundamente saberla enterada de una aventura que, estaba seguro, no iba a tener continuación.

—Tampoco yo te hubiera dicho nada si hubiera sido a la inversa —contestó tras un intervalo de silencio.

—Yo no hago esas cosas, Sandy —dijo ella, ásperamente.

—¿Eres de piedra?

—No tengo ciertas debilidades...

—Perdón, debí haber dicho que eres de mármol. Tienes una figura perfecta, pero fría como el hielo.

—¿Cómo puedes saberlo si todavía no has intentado...?

De pronto, Aubrick alargó la mano y cerró el contacto. El coche se paró a los pocos segundos. Luego abrazó a la muchacha y buscó su boca.

Nell le rechazó violentamente.

—¡No me toques! —gritó, furiosa—. Has estado besando a otra mujer, refocilándote con ella y ahora pretendes que yo... Pero ¿qué te has pensado de mí, engreído individuo?

Por un instante, Aubrick se quedó atónito ante la colérica reacción de la muchacha. No tardó mucho, sin embargo, en reaccionar adecuadamente.

—Sí, soy un tipo engreído y vanidoso —admitió—. Pero también sé reconocer mis errores y te ruego me disculpes. No volveré a repetirlo, te lo prometo.

—Está bien, olvidémoslo —repuso Nell, a la vez que accionaba de nuevo la llave de contacto—. La verdad es que hasta el más tonto puede comprender lo que pasa cuando un hombre se encuentra con una mujer hermosa y asequible. Dime, ¿qué habéis hablado en los «entre actos»?

—Ya sé qué abre la llave de Kasper.

—¿De veras?

—¿Quieres que te lo explique?

—Si confías en mí...

—Y si me traicionas sólo perderé la vida.

—¡No seas dramático, hombre! Si miramos bien este asunto, podría decirse que estamos embarcados en el mismo bote. ¿Qué abre esa llave?

—Lo más correcto sería decir que desconecta los sistemas de alarma del despacho de Clapham. Pero es preciso hacerla girar de una forma peculiar o se fracasa.

—Una especie de clave, ¿eh?

—Así es, en efecto.

—Y tú conoces esa clave...

—Por supuesto.

—Es curioso —dijo ella, repentinamente pensativa—. Alfie no mencionó nada sobre ese sistema de alarma. Quizás es que lo ignoraba, claro.

—¿Y por qué tenía que saber Alfie algo que sólo es conocido de unas pocas personas? —se extrañó Sandy.

—Bueno, una de las cosas que yo le pregunté fue... si sabía dónde tiene Clapham su caja fuerte.

—¿Por qué se lo preguntaste?

—¡Tonto! Clapham tiene el sobre que Thatch robó en casa de Amanda, ¿no?

—Ah... Tú pensabas ir allí, abrir la caja y... Pero ¿podrás hacerlo?

Nell sonrió.

—Alfie me lo enseñará —repuso.

—¿Cómo?

—Conoce el tipo de la caja fuerte y me entrenará con una que tiene él, muy parecida. Alfie se dedica ahora a otra clase de negocios y guarda cosas de mucho valor en su caja de caudales.

Aubrick miró recelosamente a la joven.

—¿Un comprador de objetos robados?

—No. Todo lo que hace ahora es legal. Presta dinero sobre joyas y cosas así. Si el prestatario no rescata la prenda en el plazo acordado, él se la queda y la vende. Está débilmente registrado y no hace nada ilegal, insisto.

—Excepto enseñarte a abrir una caja fuerte que es de otro.

—Clapham no necesita hacerlo para conseguir dinero. Le basta con amenazar a la gente y cosas por el estilo, si entiendes lo que hace, aparte de tener negocios legítimos como tapadera.

—No me expliques más. Pero ahora tenemos un inconveniente que resolver.

—¿Cuál, Sandy?

—Tú abrirás la caja de Clapham. Pero si no desconectas las alarmas, no conseguirás nada.

—Evidentemente. Y... —Nell sonrió, maliciosamente—, me estás proponiendo una asociación.

—Exacto.

—O sea, de ayudante asciendo a socio.

—Sí, señora.

—¿Y después?

—Después habrá finalizado esta asociación y podrás hacer dos cosas: aceptar el empleo o...

—¿O qué, Sandy?

—Todavía guardo los hábitos de monja.

Nell guardó silencio unos momentos. Luego dijo:

—Quémalos, Sandy. Aún no me has dicho cuál es el empleo que piensas proporcionarme, pero creo que lo aceptaré, sea el que sea.

—Está bien hablaremos de eso en su momento. Y ahora, por favor, explícame cómo apareciste tan oportunamente. Dices que fuiste al Bacchus...

—Vi a esos dos tipos en las inmediaciones y sospeché que querían jugarse una mala pasada. Purdue estaba casi todo el rato fuera del coche, pero hubo un momento en que el otro salió fuera y se fue a un callejón. Entonces aproveché la ocasión para meterme en el maletero. Había allí una llave inglesa y, cuando llegó el momento, le aticé con ella en la nariz al grandullón. Esto le hizo perder la iniciativa y luego le di otro golpe y así perdió el sentido. Mientras, tú te peleabas con Purdue... Si no intervengo le destrozas.

Aubrick apretó los labios.

—Había perdido la noción de las cosas. Estaba como loco —contestó.

—Lo comprendo. Pero él estaba ya vencido y no podía hacerte nada. Creo que ha sido mejor así.

El joven asintió.

—Yo también pienso lo mismo, aunque es posible que nos dé aún algún disgusto. Pero si vuelvo a enfrentarme con él...

—Dejémoslo por el momento, Sandy. ¿Cuándo piensas asaltar el

despacho de Clapham?

—Tengo que meditarlo muy bien. Ya acordaremos una fecha.

—Cuando quieras —dijo la muchacha.

Aubrick reclinó la cabeza en el respaldo del asiento. ¿Qué había en la caja fuerte de Clapham, por cuyo contenido habían muerto varios individuos y una hermosa mujer mostraba una singular avidez, sin querer explicar los motivos por los que también deseaba llegar al mismo sitio?

Sólo tendría la respuesta cuando utilizase finalmente aquella llave.

* * *

Durmió mal unas horas y se levantó enervado y en no muy buenas condiciones físicas. Una ducha fría, sin embargo, le tonificó considerablemente y el café, puro y bien cargado, ayudó a su recuperación. Luego salió a la calle, hizo algunas diligencias y regresó a su casa después de haber cenado, con la intención de pasar una noche tranquila y sin sobresaltos.

A las diez de la noche llamaron a la puerta. Aubrick fue a abrir y, al hacerlo, algo entró violentamente y le golpeó en el mentón, haciéndole ver las estrellas en los instantes precedentes a la pérdida de conocimiento.

El golpe procedía del puño de un hombre, cuyo rostro no tuvo tiempo de contemplar. Pero en aquella fracción de segundo le pareció haber visto el rostro de otra persona, escondida parcialmente junto al primero.

Pasados unos minutos recobró el conocimiento. Alguien le echó agua a la cara, y se agitó unas cuantas veces antes de poder sentarse en el suelo.

Trató de enfocar la visión y ello le costó unos segundos. De pronto, se dio cuenta de que no tenía a nadie delante de él.

—No se mueva de donde está —dijo alguien a sus espaldas—. Siga como está y no intente mirar hacia atrás, porque le vuelvo la cabeza.

Algo frío y duro rozó su oreja derecha.

—¿Una pistola?

—Con silenciador. Le volaré los sesos si pestañea siquiera.

Sentado como estaba, Aubrick puso las manos sobre las rodillas. De pronto creyó percibir un perfume femenino.

Sin embargo no dijo nada. Había una mujer en la estancia, junto con el individuo que le había golpeado. Inmediatamente adivinó su identidad.

«Quiere llevarse por la fuerza lo que no consiguió de grado», pensó.

El hombre volvió a hablar:

—Señor Aubrick, no es nuestra intención causarle daño. Lamento mucho haber tenido que golpearle antes, pero no había otro remedio si quería ponerle en inferioridad. Lo comprende, supongo.

—Las circunstancias obligan —dijo el joven irónicamente—. Acepto sus disculpas, por supuesto.

—Muchas gracias. Y ahora, por favor, díganos dónde tiene algo que nos interesa enormemente. ¿Es preciso que mencione lo que es?

—Sospecho que está dispuesto a apretar el gatillo si no se lo digo.

—Téngalo por seguro. No me gustaría, pero lo haría, créame. Ya revolveríamos luego la casa... aunque pienso que usted prefiere mantenerla en orden y sin manchas de sangre por el suelo. Es repugnante.

—Completamente de acuerdo, amigo. Bien, puesto que desean cierta llave que está en mi poder, puede encontrarla en aquel libro de lomo rojo que hay en la estantería, entre sus páginas.

Hubo un instante de silencio. Luego Aubrick oyó un tenue cuchicheo. Indudablemente, el desconocido hablaba en voz muy baja con su acompañante. Debían de estar cambiando impresiones.

«Esa zorra está dispuesta a todo con tal de conseguir la llave», pensó furiosamente.

Ella soltó de pronto una exclamación de sorpresa, en un tono ligeramente superior al empleado hasta entonces, pero, aun así, no lo suficientemente alto como para que Aubrick pudiera captar todas las palabras proferidas. Pese a todo, consiguió oír algo que le pareció muy interesante:

—... Después de las dos... Al menos, una hora...

—Está bien —dijo el hombre—. Señor Aubrick.

—¿Sí?

—Estamos detrás de usted. Ahora girará lentamente hacia su derecha, sin intentar volver la cabeza una sola vez porque, créame, en ese mismo instante apretaré el gatillo. Creo que se da cuenta de que no quiero que nos vea.

—Desde luego. Así quedaré de espaldas a la estantería, ¿verdad?

—Exactamente. Vamos, empiece a girar sentado... muy despacio...

Aubrick hizo lo que le decía. Al llegar a la posición deseada, el hombre exclamó:

—¡Alto! ¡Quieto ahí!

Aubrick se inmovilizó. Oyó pasos en dirección a la estantería y durante unos segundos no percibió otro sonido.

De pronto se oyó la voz del desconocido:

—Un libro muy adecuado para esconder esa llave —dijo riendo—. *La Isla del Tesoro*.

—El título apropiado —contestó Aubrick—. Ya la tienen, supongo.

—En efecto. Y, puesto que lo hemos conseguido, cumpliré mi palabra, aunque puede imaginarse fácilmente que no deseamos que nos siga.

En el mismo instante, Aubrick sintió un fortísimo dolor en el lado derecho de la cabeza. «Maldito hijo de perra», pensó, antes de perder el conocimiento por segunda vez.

CAPÍTULO XI

Despertó transcurrido un tiempo, cuya duración no supo calcular por el momento, aunque si se dio cuenta de que no estaba solo.

Alguien le golpeaba suavemente en la mejilla con la palma de la mano. Luego sintió una cosa húmeda en la cara y la frente.

—Despierta, Sandy, despierta...

Aubrick empezó a recobrar la noción de las cosas. Estaba aún tendido en el suelo, pero con la parte superior del cuerpo apoyada en el regazo de una persona. Su cabeza se recostaba contra algo suave y cálido.

—Sandy, Sandy... —dijo ella.

—Estoy bien —contestó el joven—. Pero déjame así unos momentos todavía, Nell. Es decir, si eres Nell...

—No soy Frankenstein —rió ella—. ¿Qué te ha pasado?

—Te lo contaré dentro de unos momentos. Nell, ¿sabes que así me encuentro estupendamente? Los noto redondos, turgentes, con la firmeza propia de la juventud...

—¿A qué te refieres? —preguntó Nell, extrañada.

Aubrick suspiró, a la vez que movía un poco la cabeza.

—A esto —dijo.

—Oh... Eres un... Te han abierto la cabeza y sólo piensas en...

Nell se levantó bruscamente y Aubrick cayó de espaldas al suelo. Pero se sentó en el acto.

—Me duele —se quejó, a la vez que se tanteaba el lugar donde había recibido el segundo golpe—. ¿No podrías darme un trapo mojado y un poco de *whisky*?

—Sí, claro.

Nell le entregó el paño húmedo, que Aubrick apoyó directamente sobre el bulto que le había salido tras la oreja. Luego

puso *whisky* en un vaso. El joven bebió un par de buenos tragos y empezó a sentirse mejor, aunque no se movió del sitio.

—¿Cómo has entrado en mi casa? —preguntó.

—Te llamé por teléfono y no contestabas, así que vine a verte. Tampoco obtuve respuesta al llamar a la puerta.

—Y la abriste con una ganzúa.

—No tenía una llave de tu apartamento, Sandy.

—Bien, no te preocupes. Parece como si tuvieses algo urgente que decirme. ¿De qué se trata?

—Oh, no es nada de particular. Simplemente, sentía deseos de charlar un poco contigo.

—¿Y si no hubiera estado en casa?

—Entonces me habría vuelto a la mía. Pero me asusté mucho cuando te vi en el suelo. ¿Qué te ha pasado, Sandy?

—Abrí la puerta sin precauciones y un tipo me derribó de un puñetazo antes de que pudiera hacer nada. Luego me amenazó con volarme los sesos si no le entregaba la llave que tú sabes.

Nell contuvo el aliento.

—¿Se la has dado?

—¡Qué remedio! El tipo estaba decidido a apretar el gatillo. Uno le tiene cierto apego a la vida y cedí, naturalmente.

—No lo sientas —dijo Nell—. Vivir es lo más importante de todo y, a fin de cuentas, es un asunto que no nos interesa.

—A mí, sí, encanto.

—Por Amanda Shiffeth, claro.

—La aprecio mucho. Tiene montones de defectos, pero es una excelente persona y ayuda siempre a los amigos. De Amanda se pueden decir muchas cosas, salvo que es desprendida y generosa con las personas de su estimación.

—Comprendo. Tú quieres evitarle el disgusto...

—Exacto.

Aubrick hizo un esfuerzo y se puso en pie. Luego, con paso todavía inseguro, fue al baño y volvió a desnudarse para meterse otra vez bajo el chorro de agua fría de la ducha.

Al cabo de un rato se sintió mejor y se envolvió en una bata. Al salir, Nell le entregó una taza de café.

—Mejoras, supongo.

—Estoy casi perfectamente. La cabeza me dolerá todavía un

poco, pero no tiene importancia.

—Lo celebro. Bien, Sandy, te han robado la llave y es evidente que van a llevarse un chasco, puesto que, es de suponer, no conocen la clave de apertura.

—Yo no se lo he dicho —contestó él maliciosamente.

—¿No te preguntaron...?

—Sólo querían la llave.

—Estaría bien escondida, supongo.

El libro en que había guardado la llave estaba encima de una mesa. Aubrick lo señaló con una mano.

—Ahí —dijo.

Nell leyó el título y se echó a reír.

—¿Habrás de veras un tesoro en la caja fuerte de Clapham?

—¿Qué hora tienes? —preguntó él.

—Las... doce y cuarto —respondió Nell, tras consultar su reloj.

—Tenemos tiempo de sobra.

Aubrick se sentó en un butacón y contempló a la joven con tanta fijeza, que ella empezó a sentirse incómoda.

—¿Qué miras? —preguntó.

—A ti. Tienes un tipo perfecto y una cara preciosa. Pero vas a dejar el oficio de ladrona. —Si me das tú un empleo mejor...

—Ya lo tienes concedido, aunque no te lo diré por ahora. ¿Por qué no te sientas?

—Se te han llevado la llave. ¿No tienes intenciones de recuperarla? —contestó ella un tanto irritada.

—Tenemos tiempo —repitió Aubrick—. Actuarán alrededor de las tres de la madrugada.

—¿Cómo lo sabes? —se asombró Nell.

—Eran dos personas, hombre y mujer. Hablaron entre sí y no pudo oír todo lo que decían, aunque sí mencionaron una hora.

—Un hombre y una mujer. Entonces ella era...

Aubrick sonrió.

—¿Estás dispuesta a acompañarme?

—¡Pues claro! Aunque tengo ciertas aprensiones.

—Yo también, pero creo que debemos hacerlo, Nell. Porque necesitaré tu ayuda.

—Para abrir la caja fuerte.

—Exacto.

—Pero si ellos se han llevado la llave de las alarmas...

—Nell, en esta vida se aprenden muchas cosas y una de ellas es que no se debe enseñar toda la jugada hasta que se está absolutamente seguro de ganar.

—Esto es algo más que una partida de cartas, Sandy.

—Lo sé. Pero si tienes un poco de paciencia, pronto estarás enterada de todo.

—Muy bien, como digas. Me sentaré y...

Nell ocupó un butacón y cruzó las piernas. La falda era muy ajustada y se le subió más arriba de las rodillas. Un tanto incómoda, se tiró del borde hacia abajo, sin conseguir apenas nada.

—Te gusta mirar —dijo, enojada.

—No puedo remediarlo. Tienes unas piernas maravillosas. Pero también tienes algo mucho mejor todavía, algo mejor que tu físico.

Nell, halagada, sonrió.

—¿De veras piensa así, Sandy?

—No lo diría si no fuese verdad. Nell, puesto que no eres una cleptómana, ten presente una cosa: a partir de hoy, ya has acabado de robar. Nunca más serás ya una ladrona, ¿entendido?

—¿Lo quieres así?

Aubrick hizo un gesto afirmativo.

—Esta noche, repito, darás tu último golpe —respondió firmemente.

* * *

El lugar estaba completamente desierto. Pasadas las dos de la madrugada, llegaron un hombre y una mujer y entraron en la casa.

El despacho de Clapham se hallaba en el primer piso, pero era preciso cruzar una amplia antesala antes de llegar a él.

Los intrusos cruzaron la sala lentamente y se acercaron a la puerta del despacho. Ella tocó el resorte que abría la caja de alarmas y la tapa giró a un lado inmediatamente. Luego insertó la llave en la ranura y la movió un poco. De repente empezaron a brillar luces por todas partes, a la vez que sonaban unos estridentes timbres de alarma.

—El hombre lanzó una espantosa maldición. Ella parecía terriblemente desconcertada. —No comprendo...

—Tu amigo nos ha engañado —rugió él—. Vámonos antes de que sea demasiado tarde.

Al retirar la llave, cesaron las alarmas. El hombre y la mujer huyeron a escape.

Ocultos tras unas cortinas, Aubrick y Nell habían contemplado todas las operaciones de la pareja. Muy pronto oyeron el rugido de un automóvil que se alejaba a gran velocidad. Nell se sentía estupefacta.

—Pero si tenían la llave... ¿cómo han podido hacer sonar las alarmas? ¿Acaso no conocían la clave?

Aubrick soltó una risita.

—Quise cubrirme las espaldas —contestó.

—No entiendo...

—Hice construir una llave idéntica, pero con un ligero defecto en los dientes, de modo que, a pesar de entrar en la ranura, no podía desconectar la alarma.

—Entonces tienes la llave auténtica.

—Sí.

—Pero ella no era Lisa Walters.

—Ya lo sé.

—Y no me has dicho nada. ¿Cómo llegaste a esa conclusión?

—Muy sencillo. Me pidieron la llave, supongo que él es algún amigo íntimo, pero dieron por sentado que podría abrir sin más la caja de alarmas. En ningún momento mencionaron la posibilidad de una clave.

—Tampoco Lisa lo hubiera dicho.

—Ella tiene que saberlo a la fuerza, Nell. No es tonta precisamente y sospecho que conoce también la clave de la caja fuerte de Clapham.

—Sí, eso debe de ser —contestó Nell pensativamente—. Bueno, Sandy, ¿qué hacemos aquí, parados?

—Esperar. No conviene que empecemos a trabajar ahora, porque nos podrían sorprender. La alarma ha sonado y no tardará en llegar gente.

Aubrick tenía razón. Apenas cinco minutos más tarde llegaron Clapham y dos sujetos más. Uno de ellos tenía varios parches en la cara. El otro era fácilmente reconocible por su corpulencia.

—Alguien ha entrado aquí, maldita sea —bramó Clapham—.

¿Cómo diablos llegaron hasta la caja de alarmas?

—Hay gente que le traiciona a usted, jefe —dijo Purdue—. Empezando por Kospers... —Le dimos su merecido.

—Pero debió de hacer una copia de la llave y no la hemos encontrado todavía. ¿Sabía usted que Lisa era hermana suya?

—Sí, aunque no creí...

De pronto Clapham se volvió hacia el pistolero.

—Ve a buscarla y tráetela —ordenó—. Sam, tú te quedarás aquí. Dispara contra todo el que se acerque durante mi ausencia. De todos modos, no tardaré mucho, ¿comprendes? —Sí, señor.

Purdue echó a correr. Clapham le siguió, aunque con paso más mesurado.

La estancia se quedó en silencio nuevamente. Aubrick dejó pasar algunos minutos.

A través de una rendija vio al gigante parado ante la puerta, con los brazos cruzados sobre su poderoso torso. Después de cambiar una mirada con la muchacha, sacó algo del bolsillo, presionó un resorte y lo lanzó rodando hacia el centro de la sala.

Era una especie de tubo, que despedía un chorro de vapor blanquecino. Sam lo vio y saltó hacia adelante, tratando de cerrar la válvula con ambas manos.

Durante unos segundos toda su atención estuvo centrada en evitar que el gas continuara saliendo del recipiente. Aubrick aprovechó aquellos momentos de descuido y abandonó su escondite.

Sam presintió el peligro, pero ya era tarde. El filo de una mano le golpeó en el cuello y las rodillas se le doblaron en el acto.

Pero era un hombre de gran capacidad de aguante. Aubrick se vio obligado a repetir el golpe, a fin de conseguir una total inmovilidad del hampón.

—Ahora nos toca a nosotros —dijo—. Nell, ¿cuánto crees que tardarás en abrir la caja?

—Diez minutos a lo sumo, Sandy.

—Muy bien. Entonces manos a la obra.

Nell se acercó a la caja de alarma, mientras que Aubrick agarraba al inconsciente Sam por los tobillos, para arrastrarlo al mismo sitio donde habían estado escondidos hasta aquel momento. Dejó al gigante sentado en el suelo, pero de modo que quedase

completamente oculto por las cortinas y procuró que no se le vieran los pies. Cuando terminó, Nell abrió ya la puerta del despacho de Clapham.

Encontraron la caja fuerte muy pronto. Nell actuó con rapidez y precisión y, en pocos momentos, consiguió abrirla.

—Has sabido aprovechar bien las enseñanzas de Alfie —dijo el joven sonriendo.

Vio el sobre y se apoderó de él inmediatamente. Luego añadió:

—Vamos a ver qué hay aquí de tanto interés para toda esta gente.

La caja era relativamente grande y Aubrick divisó varios compartimentos, que no estaban cerrados con llave. Sacó uno de ellos y se quedó sin aliento al ver las hileras de fajos de billetes de alta denominación que lo llenaban por completo.

—¡Santo cielo! —exclamó—. Aquí debe de haber al menos un millón de dólares.

Nell tiró del segundo compartimento. Aubrick frunció el ceño.

—También eso —dijo, mientras contemplaba una serie de bolsas de plástico, llenas de una sustancia blanca, cuya composición era fácil de adivinar.

—Clapham se dedica a todo lo que le pueda producir dinero —manifestó la muchacha—. Seguramente esos billetes son para pagar algún otro envío de droga.

—Exactamente, pero a mí no me interesa en absoluto esa porquería de polvos, sino los billetes —sonó en aquel momento una voz de mujer desde la entrada del despacho.

CAPÍTULO XII

Nell lanzó un gritito de susto. Alguien, ásperamente, ordenó:

—¡Apártense de esa caja fuerte inmediatamente!

Aubrick tiró de la mano de Nell.

—Rita, ¿cómo es posible...?

—¿Cómo llegaste a saber que era yo la que fue a tu casa? — preguntó la aludida.

—No querías que te viese la cara en ningún momento; apenas pronunciaste unas palabras y en voz muy baja... Lisa Walters no tenía por qué ocultar algo que yo ya sabía. Sólo podía haber otra mujer que se interesara por el contenido de esta caja fuerte.

—Eres un chico listo, pero no te ha servido de nada, Sandy.

—El dinero no nos interesa en absoluto, al contrario de lo que te pasa a ti. Por cierto, ¿quién es el que te acompaña?

—Un buen amigo. Tú no lo conoces ni te importa saber quién es. Pero sí te diré que le pasa lo mismo que a mí: estamos hartos de las extorsiones de Clapham y queremos desquitarnos.

—Clapham os tiene sujetos a «protección», ¿eh?

—Exactamente. Hace ya mucho tiempo que queríamos darle una lección a ese hijo de perra y no íbamos a desaprovechar la ocasión. Pero, maldita sea, ¿cómo falló la llave, si yo conocía la clave?

Aubrick soltó una risita.

—Encargué un duplicado, con un ligero defecto —contestó—. Es la que estaba dentro de *La Isla del Tesoro*.

—Tipo astuto —calificó Rita—. ¿Qué hacemos con él? — preguntó a su acompañante.

—A nosotros nos interesa sólo la «pasta», aunque si la policía encontrase aquí la droga... Debe de haber al menos un par de kilos.

—Sandy, ya lo has oído —dijo Rita—. Anda, lárgate con esa

chica. No te quejes de nuestra generosidad.

Nell emitió un suspiro de alivio. Aubrick cambió una mirada con ella.

—Sí, será mejor que nos vayamos —convino.

De pronto se oyó un ruido extraño en la entrada del despacho.

Aubrick se volvió y divisó a Sam en el umbral. Los ojos del gigante emitían vivos destellos de furia.

Rita y el otro se volvieron también. Sam lanzó un aullido de rabia y se precipitó hacia ellos, pero el hombre, fríamente, le disparó un balazo a la frente.

El gigante cayó fulminado. Rita torció el gesto.

—Se habrá oído la detonación...

—Ese animal nos habría destrozado —contestó el sujeto—. Anda, llena el saco con el dinero. Vamos a terminar pronto, antes de que sea demasiado tarde.

Rita miró un instante al joven.

—Lo siento, Sandy...

Aubrick se encogió de hombros.

—Es tu problema —respondió.

De pronto le pareció oír voces a lo lejos. Rita y su acompañante parecieron olvidarse de todo y se dedicaron afanosamente a llenar un saquete de tela con los billetes que había en la caja fuerte. Aubrick tuvo el presentimiento de que no podrían salir por la puerta y agarró el brazo de la muchacha.

—Ven, Nell —susurró.

Ella se dejó llevar hasta una ventana próxima, cuyas cortinas se hallaban corridas en aquellos instantes.

—Empieza a abrir, pero no hagas ruido —indicó.

Nell asintió. Aubrick miró a través de la separación entre las cortinas.

—Ya está —dijo el hombre de pronto.

—Es un buen botín —sonrió Rita.

—Del que ninguno de los dos va a disfrutar —se oyó de repente la voz de Clapham.

Rita y el otro se volvieron en el acto. El hombre trató de sacar su revólver, pero Clapham se le anticipó y disparó varias veces la pistola que tenía en las manos.

Nell, aterrada, se apretó contra el joven. Aubrick contuvo la

respiración.

Rita, llena de pánico, soltó la bolsa y levantó las manos.

—No... no... —suplicó, temblando de la cabeza a los pies.

Aubrick se preparó para intervenir. No sentía ninguna simpatía especial hacia Rita, pero comprendía perfectamente su postura. Sin embargo, antes de que pudiera hacer nada, sonaron voces en la sala contigua.

—Te digo una y mil veces que yo no tengo la llave ni sé dónde está —protestó Lisa a voz en cuello.

* * *

La atención de Clapham se distrajo un momento.

—No te muevas —ordenó a Rita, justo en el momento en que Lisa y Purdue entraban en el despacho.

—Aquí está, jefe —dijo el pistolero, satisfecho.

Lisa lanzó un chillido de espanto al ver los dos cuerpos tendidos en el suelo. Purdue emitió un silbido de asombro.

—Parece que ha habido jaleo, jefe —comentó—. ¿Qué hace aquí esa prójima?

—Quería robarme la caja —contestó Clapham de mal talante—. Maldita sea, todo se ha complicado inesperada mente...

—Tendríamos que deshacernos de los fiambres —dijo Purdue.

—Habrá que llamar a los muchachos, desde luego, pero...

Clapham se sentía irresoluto. De pronto pareció recordar algo y se acercó a la caja fuerte.

—Por todos los... ¡Falta el sobre de Amanda Shiffeth!

—Estaba ayer la última vez que lo vi yo —dijo el pistolero.

Clapham revolvió furiosamente el interior de la caja fuerte.

—No hay duda, alguien se lo ha llevado.

Miró a Rita y ella, espantosamente pálida, meneó la cabeza.

—Yo no tengo nada —se defendió.

Clapham guardó la pistola. Agarró el saqueto y lo volcó encima de la mesa. Los fajos de billetes se desparramaron espectacularmente.

—Tampoco aquí hay nada —masculló.

De pronto, Aubrick se dio cuenta de que Lisa había desaparecido de la escena.

La joven había escapado, aprovechando la momentánea distracción de Clapham y su esbirro. Ninguno de los dos parecía haberse dado cuenta de lo sucedido.

—Está bien, jefe —dijo Purdue—. Falta el sobre, pero creo que tampoco debe importarle demasiado. Hay algo más importante, creo.

—¿Sí, Evin?

Purdue señaló a Rita con la barbilla.

—Tenemos que deshacernos de ella —agregó.

Clapham dirigió a Rita una mirada envenenada.

—Llévatela muy lejos de aquí —ordenó.

Aubrick se dijo que no podía permitir que ocurriese una cosa semejante. Rita, llena de terror, retrocedió, a la vez que caminaba lateralmente, con los ojos fijos en el pistolero. Había una sonrisa sádica en los pálidos labios de Purdue. Lentamente avanzó hacia Rita, pero, de súbito, un pie emergió de unas cortinas.

Purdue tropezó y cayó de bruces al suelo, lanzando una espantosa maldición.

—¿Qué te pasa ahora, idiota? —gritó Clapham, que no había advertido la acción del joven.

Purdue empezó a levantarse. Desesperada, Rita le arreó un punterazo en pleno rostro, arrancándole un aullido de dolor.

Clapham pareció enloquecer y sacó la pistola de nuevo. En el mismo instante recibió un tremendo empujón que lo lanzó contra su propia mesa. Chocó con la parte delantera de los muslos, lanzó un alarido de dolor y se inclinó un instante hacia adelante.

La pistola se escapó de sus dedos. Rita saltó hacia ella como una tigresa.

Purdue, mientras tanto, empezaba a comprender lo ocurrido y se volvió hacia las cortinas, de las que emergieron dos manos que le asieron por el cuello. El pistolero emitió un ininteligible gorgoteo.

Rita alcanzó la pistola en el momento en que Clapham se incorporaba. El sujeto trató de arrebátarsela. Ella apretó el gatillo.

Clapham gritó y cayó sentado, agarrándose el hombro izquierdo con las manos. Aubrick seguía forcejeando con el pistolero.

De pronto aflojó la presión de su mano derecha. Tomó impulso y disparó el puño. Alcanzado de lleno, Purdue salió catapultado. Estaba junto a una ventana y el golpe le hizo atravesarla con gran

estrépito de cristales rotos. Luego se oyó un ruido sordo en el exterior, cuando su cuerpo chocó contra el suelo.

Clapham se quejaba sordamente. Rita, atónita, miró al joven con ojos dilatados por el asombro.

—Estabas aquí —dijo.

—Aquí me tienes —contestó el joven tranquilamente—. Pero no intentes escapar. Sospecho que Lisa ha ido a avisar a la policía.

Los nervios de Rita se rompieron bruscamente. Sentados en una silla se echó a llorar amargamente.

Clapham gemía, pidiendo un médico. Aubrick le dirigió una severa mirada.

—Tendrá tiempo de convalecer en la cárcel —dijo, en el momento en que ya se escuchaba el sonido de una sirena policial.

Lisa apareció en el umbral.

—Se puede decir que mi hermano está vengado —sonrió satisfecha.

—¿Merecía la pena, Lisa? —preguntó Aubrick.

Ella se encogió de hombros.

—En esa caja fuerte hay pruebas suficientes para una sentencia de cadena perpetua —respondió con frialdad.

* * *

Cuando se abrió la puerta, Nell se puso en pie y miró con inquietud al recién llegado. Aubrick la contempló unos instantes, sonriendo, y luego se volvió para cerrar.

—Supongo que no has usado ninguna llave para entrar en mi apartamento —dijo—. Estaba impaciente. Han sido unos días sin noticias tuyas. Ni siquiera te dignaste llamarme una sola vez...

—Te presento mis excusas. He tenido mucho trabajo.

—Bueno, pero la policía ha resuelto ya...

—Yo hablaba de otra clase de trabajo. Asuntos propios.

—Oh, dispensa... ¿Negocios?

—Algo parecido. Amanda ha recobrado sus títulos de propiedad y ya tienen un discreto comprador para el motel. Venta al contado y una buena comisión para mí.

—¿Eres vendedor?

—No, aunque en ocasiones... El difunto señor Shiffeth dejó muy

embrollados todos sus asuntos y yo tuve que encargarme de desenredar la madeja. Poseo títulos y conocimientos suficientes, y tengo mi despacho propio para esta clase de asuntos.

—Y, además, pegas duro —sonrió ella.

—Practiqué algo el boxeo en la universidad. Hago ejercicio, aunque no con la frecuencia que desearía... y me conservo bastante bien.

—Te felicito. Purdue no podría decir lo mismo, Sandy.

El rostro del joven se ensombreció.

—No quería hacerlo, pero, de todas formas, se lo tenía bien merecido. Era un tipo sádico; disfrutaba con la pistola y, tarde o temprano, tenía que acabar de mala manera. —Ahora está haciendo compañía a sus víctimas. ¿Clapham?

—Tendrá que responder de la muerte del amigo de Rita. En cuanto a ésta, se le aprecia legítima defensa, aunque tendrá que dar muchas explicaciones sobre su presencia en una casa ajena. Clapham, por otra parte, deberá responder del asunto de las drogas. Había casi tres millones en «nieve».

Nell silbó.

—Un negocio por todo lo alto. Y aún tenía poco, parece.

—Su ambición no conocía límites. Además, lo que pretendía, más que los doscientos mil dólares del chantaje, era quedarse el motel por una cantidad irrisoria. Amanda habría cedido sin demasiadas objeciones.

—Y todo empezó por la billetera que robé a un pobre hombre...

—No tan pobre. En el fondo todos querían lo mismo: la llave que permitiría llegar a un sitio donde había una verdadera fortuna. Clapham, por su parte, no quería ni competidores ni soplones.

—Y Purdue se encargaba de eliminar a quienes le estorbaban.

—Incluso el celoso pretendiente de Rita Cádiz, Haddo Maffey. Ella, en realidad, estaba enamorada del hombre que murió en el despacho de Clapham. Lo que sucede es que Purdue se confundió de objetivo.

—Pero a ti te hacía carantoñas...

—Sabía que yo estaba mezclado en el asunto y quería con seguir más datos —respondió Aubrick—. Conocía el detalle de la llave de las alarmas, pero no sabía dónde estaba la que había hecho fabricar Kospers. En cuanto me la vio empezó a trazar otros planes.

—Eso viene a significar que todo el mundo sabía lo que guardaba Clapham en su caja fuerte, menos la policía.

—No eran tantos, pero la policía, por otra parte, no podía actuar sin pruebas. Ahora ya las tiene y...

—¿Por qué llevaba Kospers diez mil dólares en la cartera?

—Iba a entregárselos a su hermana Lisa. Ella quería marcharse de la ciudad, pero no tenía fondos suficientes.

—Estaría harta de Clapham, supongo.

Aubrick hizo un gesto afirmativo.

—En el fondo es una buena chica y estaba cansada de su papel. Kospers también quería que dejase esta vida, pero no le dieron tiempo.

—Ella, entonces, procuró vengarle.

—Indirectamente, lo ha conseguido. Por cierto, le di los diez mil dólares. Ya ha abandonado la ciudad.

Nell suspiró.

—Ahora ahí —exclamó—. Tú no te vas a ninguna parte. Recuerda que tienes un empleo.

—Aún no me has dicho en qué he de trabajar...

—Yo necesitaré una secretaria de confianza. Tú ocuparás ese puesto.

—¿Confiarás en mí, Sandy?

—Un hombre casado debe confiar en su esposa —contestó él.

Los ojos de la muchacha se humedecieron.

—Oh, Sandy. No digas esas cosas...

Aubrick avanzó hacia ella y la abrazó con fuerza.

—Todavía tengo que decir más —sonrió—. Es una frase inicua, repetida mil veces hasta la saciedad, pero que, sobre todo en tu caso, describe con absoluta exactitud lo que me ha sucedido.

—¿Qué es, por favor?

El joven continuaba sonriendo.

—Eres una ladrona con clase. Sólo tú has conseguido robarme el corazón —respondió apasionadamente.

FIN



LUIS
GARCÍA
LECHA.

Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.